

Dice Jaques Lacan que hay que “poner en juego la agresividad del sujeto para con nosotros, puesto que esas intenciones, ya se sabe, forman *la transferencia negativa* que es el nudo inaugural del drama analítico.”

La noción de *transferencia negativa* no había sido tomada hasta el momento como objeto de investigación por los psicoanalistas de orientación lacaniana y merecía ser revisada y puesta al día.

Este Seminario se propone dicha tarea; aborda cuestiones como el odio de transferencia, la interpretación malévola, la agresividad, la transferencia negativa según Wilhelm Reich y la lectura que de esta construcción hace Lacan, la posición paranoide, el "odioamoramiento", la interrupción del análisis. Jacques-Alain Miller expone cómo si en *la transferencia negativa* “el analista está bajo sospecha”, de ello puede llegar a extraerse, bajo ciertas condiciones, algo fecundo; cómo una discreta dosis de transferencia negativa puede resultar provechosa para la producción de saber.

I.S.B.N. 987-9318-07-2

Jacques-Alain Miller

LA TRANSFERENCIA NEGATIVA



TRES HACHES

Otros libros publicados por
EDITORIAL TRES HACHES

- Jacques-Alain Miller
El hueso de un análisis
- Jacques-Alain Miller
El establecimiento de "El Seminario" de Jacques Lacan
- Jacques-Alain Miller
Seis fragmentos clínicos de psicosis
- Jacques-Alain Miller
Lakant
- Eric Laurent
Posiciones femeninas del ser
- Eric Laurent
Psicoanálisis y Salud Mental
- Barbara Johnson
La carta robada. Poe, Lacan, Derrida
- Mario E. Teruggi
El "Finnegans Wake" por dentro
- Jean Paulhan
El guerrero aplicado
- Friedrich Nietzsche
El caso Wagner
- Jacques Derrida
Ulises gramófono. Dos palabras para Joyce
- Autores varios
Psicoanálisis y Derechos de las Personas
- Javier Aramburu
El deseo del analista
- Juan Carlos Indart
La pirámide obsesiva

Jacques-Alain Miller

Rosa Lagos
2005

La transferencia negativa

●
Seminario sobre la Política de la Transferencia
realizado en Madrid en 1998
y dirigido por Jacques-Alain Miller


TRES HACHES

*Tapa: Fotograma de la película "La noche del cazador", United Artists
Diseño: J.S.P.*

© E.L.P.
© 2000, Editorial Tres Haches
Junín 558 piso 9º of. 905
1026 Buenos Aires
Argentina

Edición hecha por convenio con la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano. Directora de la Colección E.L.P.: Anna Aromí. Establecimiento del texto: Amanda Goya. Traducción: Silvia García Esteban. Colaboraciones: Elvira Guilaña y Antoni Vicens. Prohibida su venta en países no latinoamericanos.

I.S.B.N. 987-9318-07-2
Impreso en Argentina - Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Talleres Gráficos Leograf SRL
Rucci 408, Valentín Alsina, en abril de 2000

UNA PRISA LACANIANA

*H*oy la prisa es un rasgo característico. Es signo de malestar en la civilización. Es un S, que nos comanda, volviéndonos huéspedes permanentemente incómodos de nuestra época. Con ella los sujetos contemporáneos anudan y desanudan los lazos y las soledades en los que tratan de habitar, demasiadas veces sin éxito. Y con ella los psicoanalistas pueden verificar que también se puede fallar de la mala manera en el hecho de estar solo.

Hijas de esa misma época, la Escuela Una y la E.L.P. cada una a su modo, marcando estilo, han nacido herederas de una de las lecciones más antipesimistas de Lacan, la del Tiempo lógico, que nos enseña que lo importante en todo apremio es el cálculo colectivo al que empuja a cada uno para encontrar la salida.

Esa es la clave del éxito de la partida, porque desyela a cada cual que se puede salir de la posición de prisionero, de encarcelado por y con un goce nocivo cuya fijación arrastra al pesimismo, al envejecimiento (en este registro, siempre prematuro), en una palabra: al embrollo. Por eso esta lección resulta hoy un útil indispensable, tanto más cuanto se practica el psicoanálisis desde cualquiera de las dos orillas del diván.

El libro que presentamos aquí es producto de una de esas prisas fecundas que tornan el tiempo en dinámica, una prisa lacaniana, por así decir. Dejándonos impulsar por el *want to be* de la Escuela Una y orientados por las indicaciones de Jacques-Alain Miller sobre la Colección de libros de la entonces EEP-ECFB imaginamos un proyecto que, de entrada, nos pareció tan difícil de alcanzar como (y quizá por eso) entusiastamente. Se trataba de dar una vuelta más a uno de los husos con que tejemos los lazos del Campo Freudiano: un lado del atlántico edita un libro y envía ejemplares para ser difundidos al otro lado. Teníamos la experiencia por haberlo hecho en las dos direcciones, conocíamos sus frutos y sus límites; haber encontrado los nuestros nos llevaba a probar algo distinto.

Esta vez se trataba de ver si podíamos editar, distribuir, simultáneamente el mismo libro a un lado y a otro del mundo terrestre, para hacer que el mundo psicoanalítico no tuviera que soportar ese peso real de tiempo y distancia geográficos, y sobre todo para aprovechar y reunir el impulso, la creatividad de las iniciativas locales con el fin de poner

en primer plano la existencia de una comunidad definida como *Escuela de analizantes*, trabajando al mismo tiempo y en una misma orientación. Al aire de los tiempos, nos sigue pareciendo la empresa con más futuro.

Cuando el lector dé a luz a estas páginas la Escuela Una y la E.L.P., cada una a su tiempo, habrán sido recién nacidas. Y sin embargo, hace ya tiempo que ellas iluminan los trayectos que nos han traído hasta aquí. Por echar sus raíces en el arte de la conversación, ellas nos van enseñando cómo diseñar los planos, discutir las medidas, inventar los trazados, porque ellas están destinadas a poner a prueba los semblantes para descubrir hasta qué punto es prescindible servirse de ellos.

En la presentación de la edición española de este Seminario decía que la *agalma* de una Escuela, a cuya producción podrían estar dedicadas sus publicaciones, no se hace con ninguna élite seleccionada: es la lección sobre la transferencia negativa del episodio entre Freud y Jung. Además, ¿para qué elegirla, si no para mejor ignorar su reverso de *palea*? El pase no está hecho para encumbrar a una minoría selecta sino para saber reconocer las marcas de una experiencia inédita detrás de los méritos, las medallas, los semblantes. Los necesitamos a ellos, a los AE, así como a lo que en cada uno ha avanzado el análisis para producir una contraexperiencia de los efectos que produce la pulsión de muerte, actuando sobre la institución analítica; por ejemplo cuando no se quiere ver cambiar o compartir lo que se ha conquistado trabajosamente, o cuando se amortigua la intensidad del proceso porque el levantamiento de las represiones se vuelve insoportable. También son lecciones de este Seminario.

Se hace camino al andar, decía Don Antonio Machado. Aunque, como el poeta, perseveremos en trazar senderos en lo real por los que algo permanezca, para nosotros se trata sobre todo de dejarnos enseñar por una Escuela que se deja tomar como experiencia inaugural, para mantenernos en la medida de lo posible en lo vivo del filo que conviene al psicoanálisis, para dejarnos atravesar de la buena manera por los años y las generaciones que vienen, que vendrán, haciéndose herederos del legado de Freud y de Lacan, buscando cómo orientarse. ¿Los oyen? están llamando a la puerta...

Anna Aromí
Abril de 2000

PRESENTACIÓN

Que el psicoanalista detenta un poder es algo de lo que Freud se percató desde el momento en que decidió tumbar a sus histéricas en un diván para hablar de su miseria neurótica. La noción misma de transferencia es tributaria de ese poder que el analista debe saber usar para no degradar su praxis al mero ejercicio de un poder. Porque hay, efectivamente, un poder en juego en el vínculo analítico, pero la acción analítica no consiste en el ejercicio de un poder, pues el psicoanalista debe dirigir la cura, nunca al paciente, de lo contrario no podría distinguirse al psicoanálisis de una «dirección de conciencia». Así pues, la política del analista en la cura se identifica con su ética.

Hablar de política de la transferencia en este contexto es reconocer la implicación del ser del analista en la operación que él mismo comanda, por eso Lacan se vio llevado a proponer, impulsado por este principio, algo tan peculiar e inédito como el dispositivo del pase: una suerte de microscopio para estudiar, evaluar y hasta diseccionar al analista mismo, pues a falta del significante del analista, se estudia a cada analista en su singularidad para extraer un saber sobre su ser y sobre su deseo de analista.

¿Porqué tomar como objeto de nuestra investigación actual la cuestión de la transferencia negativa desde la perspectiva de una política de la transferencia? Ciertos hechos históricos que tomaron la forma de una crisis de gran repercusión en nuestra comunidad tienen la respuesta. Los acontecimientos que agitaron a la Asociación Mundial de Psicoanálisis en su conjunto y que tuvieron su punto de inflexión en la cita de Barcelona-98, pusieron de manifiesto que la noción de transferencia negativa merecía ser revisada y puesta al día, siendo que, por otra parte, dicha noción no había sido tomada hasta el momento como objeto de estudio entre los analistas de orientación lacaniana.

La cita de Barcelona fue asimismo el contexto de la creación de una nueva escuela cuyo nombre sufrió una serie de transformaciones hasta encontrar el definitivo Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (E-Ele-Pe) del Campo Freudiano, y que debe su estructuración a los principios establecidos en la «Declaración de la Escuela Una». El acta de nacimiento de la E.L.P. llevará la fecha del 6 de mayo del año 2000, siendo en esta histórica ocasión la ciudad de Madrid la que ostentará

el honor de albergar su fundación.

El Seminario sobre Política de la Transferencia, dictado por Jacques-Alain Miller en Madrid el 28 de noviembre de 1998 —que publicamos en este volumen para los lectores argentinos— constituyó una primera experiencia colectiva de trabajo de suma importancia para la comunidad analítica en España. Prosiguiendo con una serie iniciada en aquella ocasión, acompañaremos la fundación de la E.L.P. con un Coloquio sobre La pareja y el Psicoanálisis que será editado en su momento en esta misma colección.

Si bajo la transferencia negativa «el analista está bajo sospecha», como señala Jacques-Alain Miller en la sesión del Seminario que podrán leer a continuación, de ello puede llegar a extraerse algo fecundo, pues en ciertas condiciones una discreta dosis de transferencia negativa puede resultar provechosa para la producción de saber. La dimensión epistémica de la transferencia negativa constituye un esclarecimiento indudable que nos proporciona Lacan sobre una noción que, no sin razón, quitaba el sueño a los post-freudianos.

En el trabajo de establecimiento del texto de este Seminario de Jacques-Alain Miller he puesto una especial atención en el cuidado de la sintaxis de la lengua española.

Amanda Goya
Madrid, abril de 2000

La transferencia negativa



Seminario sobre la Política de la Transferencia
realizado en Madrid el 28 de noviembre de 1998
y dirigido por Jacques-Alain Miller

“Debemos, sin embargo, poner en juego la agresividad del sujeto para con nosotros. Puesto que esas intenciones, ya se sabe, forman la transferencia negativa que es el nudo inaugural del drama analítico”.

Jacques Lacan

Carmen Cuñat: Este Seminario está organizado por la Escuela del Campo Freudiano de Barcelona y por la Sección de Madrid de la Escuela Europea de Psicoanálisis. Antes de dar la palabra a Rosa María Calvet, directora provisional de esta Escuela en formación, la Escuela del Campo Freudiano en Barcelona, quiero presentarles a Jacques-Alain Miller que va a dirigir este Seminario y que es el promotor de esta nueva Escuela y su presidente provisional. Es delegado general de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, asociación que reúne a cinco escuelas de psicoanálisis: la Escuela de la Causa Freudiana en Francia, la Escuela del Campo Freudiano de Caracas, la Escuela Europea de Psicoanálisis, la Escuela de Orientación Lacaniana en Argentina, y la Escuela Brasileña de Psicoanálisis, y ahora queremos que la Escuela del Campo Freudiano de Barcelona se incorpore a la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Escuelas que se sostienen en la enseñanza de Jacques Lacan, y que han sido creadas bajo el impulso de Jacques-Alain Miller.

No es la primera vez que Jacques-Alain Miller viene a Madrid, aunque esta vez es para muchos de nosotros un momento especial, ya que iniciamos con él una nueva andadura. Es conocido también por ser quien ha establecido los seminarios de Jacques Lacan, siendo el mismo Jacques Lacan quién le encargó esta tarea. Desde hace ya casi veinticinco años ha emprendido él mismo una enseñanza, impartiendo todos los años un curso bajo el título “La orien-

tación lacaniana”. Con ello ha permitido hacer accesible la enseñanza de Jacques Lacan para muchos, imprescindible para el ejercicio de nuestra práctica. El curso impartido en el año 86/87 acaba de ser publicado con el título *Los signos del goce*. Acaba de editarse también el primer Seminario de la Escuela del Campo Freudiano de Barcelona que impartió en el mes de julio, en Barcelona, con ocasión de la aparición del Seminario de Jacques Lacan *Las formaciones del inconsciente*.

Rosa María Calvet: Estamos muy contentos de estar en Madrid, y dispuestos todos para el trabajo. Como ha dicho Carmen Cuñat, éste es el segundo Seminario que se da bajo la égida de la Escuela del Campo Freudiano de Barcelona. El primer Seminario, impartido en Barcelona, ya ha sido publicado y el Seminario que hoy se inicia también será editado por la Colección de la Escuela del Campo Freudiano de Barcelona.

PUNTO DE CAPITÓN

Jacques-Alain Miller: El tema de este Seminario lo decidimos en Barcelona en una reunión amplia, con ciento veinte colegas; y después de haber considerado varias alternativas surgió en un momento, casi por sorpresa, la cuestión de la transferencia negativa. El acuerdo fue general. Entonces, este tema que vamos a investigar es un punto de capitón que ordenará nuestro deseo de trabajar juntos.

Este no es un tema clásico entre nosotros; no solemos ocuparnos de la transferencia negativa, aunque ayer recibí una ponencia que Guy Trobas presentó en 1992 en las jornadas del País Vasco, que ese año versaron sobre los fenómenos

de amor y odio en la experiencia psicoanalítica. El título de su trabajo era “La transferencia llamada negativa”. Efectivamente, Guy Trobas comienza la ponencia diciendo que el tema no es frecuente entre los temas lacanianos usuales. Hoy, entre nosotros, esta cuestión tiene el carácter de punto de capitón por razones de contexto institucional, en tanto que hemos tenido la oportunidad de observar el surgimiento, el desarrollo y la cristalización de la transferencia negativa hacia el Campo Freudiano y desde el Campo Freudiano mismo.

Sin duda no es una ocasión grata, pero lo cierto es que también se puede aprender de las situaciones no gratas, incluso a veces se aprende más de lo desagradable que de lo agradable, o al menos nos queda hacer de la necesidad virtud. En francés se dice “*faire contre mauvaise fortune bon coeur*”. La elección de este tema, en suma, se inscribe en un marco que no debemos desconocer.

Vamos a llevar a cabo esta investigación a partir de referencias textuales que han elegido algunos colegas. Tomaremos asimismo como referencia la experiencia analítica misma.

Transferencia positiva y transferencia negativa: he aquí un binario significante. La oposición de lo positivo y lo negativo, del más y del menos, podrían parecer instrumentos adecuados para una significantización de la transferencia, pero no es así. Esto es solamente una ilusión. No creo que sea casual que descartemos usualmente la expresión “transferencia negativa”; Lacan mismo hizo un uso escaso de este término y más bien en los primeros tiempos de su enseñanza, como herencia del peso que tuvo en la teoría analítica la transferencia negativa en oposición a la transferencia positiva.

¿A qué se refieren estos dos términos? Se refieren a afectos, a sentimientos, de tal manera que parecen superficial-

les respecto a la estructura que subtiende estos fenómenos que se producen en la experiencia analítica. Y dado que hemos considerado fundamental la definición de Lacan de la transferencia a partir del Sujeto supuesto al Saber, la transferencia considerada en el ámbito de los sentimientos parece interesarnos bastante poco.

CURVA DE GAUSS

En el paréntesis de lo imaginario parece difícil ubicar lo positivo y lo negativo como tal, porque no se trata solamente de ambivalencia sino más bien de polivalencia a la hora de ubicar con claridad el amor y el odio. Amor y odio parecen las puntas de una curva de Gauss, porque los afectos, como casi todo en este mundo, pueden ser ordenados en una curva de Gauss.

¿Se conoce la curva de Gauss? Es una convención, y no veo por qué no utilizar una convención en el ámbito de los sentimientos, puesto que el amor puro y el odio puro son excepcionales. A nivel de la descripción, los sentimientos se presentan en una gradación amplia que se puede ordenar—esto es fenomenológico. Y uno se pregunta por qué los primeros analistas percibían un odio tan cristalizado en el paciente, cuando entre los analistas de hoy en día el tema no parece tener la misma vigencia que entonces.

Sabemos que el fenómeno de la transferencia emergió como una sorpresa en la experiencia analítica, en medio de una investigación sobre el saber. Para Freud la experiencia psicoanalítica era una experiencia de saber y la aparición del fenómeno transferencial le pareció rara al principio, más bien la consideró un obstáculo a la seriedad de la in-

investigación, antes de concebirlo como una ayuda. Pero podemos decir que la segunda sorpresa fue que la transferencia no tenía un solo valor, que entre los fenómenos transferenciales había también manifestaciones agresivas u hostiles. La sorpresa de la transferencia negativa está presente en los autores clásicos, dentro de los cuales se ubica a Wilhelm Reich, el primer Reich, sobre el que nuestro colega Borderías nos hará un comentario.

Hoy comenzamos una experiencia en una comunidad de trabajo transitoria, por esto no será propiamente una conferencia, sino más bien una conversación entre nosotros sobre el uso de nuestras categorías, y daremos a esta conversación un carácter abierto. La ventaja que tenemos al hablar sobre la transferencia negativa es que no tenemos ninguna doctrina fija sobre la misma. Por un lado parece un concepto un poco caduco, antiguo, pero al mismo tiempo se refiere a unos fenómenos que los practicantes del análisis y los analizantes conocen. Un concepto escondido, poco utilizado, pero que se refiere a algo muy próximo en la experiencia de cada uno como analizante y como analista.

Hablamos de amor de transferencia cuando lo que se cristaliza es la transferencia positiva, pero también podemos ver el odio de transferencia en la otra punta de la curva de Gauss. Hay odios de transferencia tan verdaderos que se puede llegar a olvidar que se trata de un odio de transferencia. Pues sí, el odio de transferencia existe, y yo puedo decir que lo he encontrado, aunque habitualmente solemos estar un poco desplazados de esos puntos extremos. Por esa razón Lacan dice que lo positivo de la transferencia se limita a "*avoir à la bonne*" y que la transferencia negativa se reduce a tener a alguien "*à l'oeil*". Esto se traduce como "mirarlo con buenos ojos" o "no sacarle el ojo de encima". La expresión en francés tiene una cierta ambigüedad. Te-

ner a alguien a "*avoir à l'oeil*" significa vigilarlo, sospechar de él y me parece que podemos captar algo de la transferencia negativa a partir de la palabra "sospecha". El fenómeno de la sospecha tiene su peso propio en la experiencia, y dado que Lacan define la transferencia positiva a partir del Sujeto supuesto al Saber, puesto que afirma que cuando supongo el saber a alguien lo amo, se podría uno preguntar si cuando se desupone el saber a alguien, se lo odia. Esta sería una teoría un poco rápida sobre la transferencia negativa, definida a partir de la desuposición de saber. Uno de los puntos que Vilma Cocoz ha pescado en el *Seminario XX* de Lacan va en esta dirección.

Así introduzco este seminario-conversación. No doy una forma acabada a mi planteamiento sino que traigo varios elementos para pensar con ustedes. Luego escucharemos las ponencias de algunos colegas que también permitirán orientarnos en el problema.

DESVALORIZACIÓN

¿Cómo situar entonces la sospecha teniendo en cuenta la referencia de Lacan de tener a alguien bajo la mirada? ¿Cómo situar la sospecha en relación a la transferencia negativa?



La sospecha se manifiesta cuando uno no está seguro o, para decirlo en francés, cuando uno no está "*sûr et certain*" de algo, seguro y cierto de algo o de alguien, cuando hay algo que no se sabe pero que se anticipa como malo, negativo. De esta manera, la sospecha sería de un grado inferior respecto al saber desarrollado que se podría formular en los siguientes términos: "sé que usted me desprecia". La sospecha entonces es un grado inferior de saber, es un saber no demostrable porque no se dispone de pruebas, y es tanto más insistente por este motivo. Cuando se dispone de pruebas se puede cerrar el asunto; la sospecha, por el contrario, deja un margen abierto.

Aquí podemos referirnos a ese famoso texto de los años 60 del lógico Hintikka, *Knowledge and Believe (Saber y creencia)*, que Lacan utiliza. La sospecha podríamos inscribirla entre ambos. He dicho que la sospecha es un grado inferior de conocimiento aunque también es una creencia, pero una creencia sustentada en la desconfianza. Hay que decir que la desconfianza tiene su peso, dado que para establecerse la experiencia analítica hay que suponer como condición un vínculo de confianza hacia el analista, a sus credenciales, a sus capacidades supuestas, etcétera.

Desde este punto de vista, la desconfianza que surge en la transferencia negativa parece arruinar los fundamentos mismos de la experiencia, porque si esta experiencia depende del Sujeto supuesto al Saber, ¿qué sucede cuando se trata del sujeto del que se sospecha que sabe lo que no debería saber, o que sabe algo que podría amenazar al sujeto?

Para decirlo sencillamente, lo que hay de común entre la confianza y la desconfianza es la anticipación. Tanto la una como la otra van más allá de lo que se sabe y de lo que se puede probar. Hace poco se me interrogó sobre la confianza ciega y respondí que por definición toda confianza es ciega, porque en definitiva la confianza es un fenómeno de

inducción. Por eso si se habla de un saber seguro y cierto, no se habla de confianza, pues ésta supone un salto más allá de los datos objetivables, y lo mismo ocurre con la desconfianza. Es decir que esto es algo común a ambos términos, por eso la confianza ciega es tan arriesgada como su contraria.

SOSPECHA

Si vinculamos este tema con la cultura, podríamos evocar un ensayo sobre la literatura de Natalie Sarraute de los años 50, que trata de fundamentar un nuevo estilo de escribir novelas que se imponía en Francia en esa época. El título del libro es *La edad de la sospecha* y definía el nuevo momento de la novela precisamente por la sospecha. Para decirlo rápidamente la cuestión era que en la época de Balzac, la de la novela clásica del siglo XIX, se podía tener confianza en la identidad de los personajes, en sus atributos y propiedades. Cada uno era lo que era y se otorgaba plena confianza a la identidad de los seres, de forma que el realismo de las novelas tenía sentido. Pero después de Freud, Marx, Nietzsche y Einstein, se supone que no se puede tener más confianza en la identidad, iniciándose entonces para la literatura, en el siglo XX, la edad de la sospecha.

Esta sospecha no es otra cosa que la pérdida de la creencia en la identidad como fenómeno cultural masivo, reflejado, según Sarraute, en el arte de la novela. Me parece fecundo construir algo sobre la sospecha como modalidad epistémica porque implica una verificación. Y la verificación no es solamente sobre lo que hay, sobre lo que es el caso

—como dice Wittgenstein— sino que se trata de la verificación misma de la sospecha, lo cual implica una vigilancia de la propia sospecha.

Una verificación bajo sospecha abre el espacio de la interpretación malévola, lo cual nos lleva a preguntarnos —algo fundamental en la transferencia negativa— si finalmente la interpretación malévola no cubre todo el espacio de la interpretación. Porque cuando uno dice “voy a hacer una interpretación benévola” todo el mundo entiende que en realidad es malévola; que cuando se afirma que es benévola, se entiende lo contrario, todo el mundo entiende que en realidad es malévola porque el sujeto mismo señala el *plus* de buena voluntad que pone en esa interpretación. Quizás toda interpretación sea malévola finalmente, lo cual nos evoca a las novelas policíacas, cuando el detective anglosajón es obligado a comunicar al sospechoso que a partir de un momento debe cuidarse de lo que dice porque está bajo sospecha. Esto significa que a partir de ese momento entramos en el espacio de la interpretación malévola.

Esta es la situación exactamente contraria a la experiencia analítica donde el paciente no debe cuidar nada de lo que dice, siendo más bien el analista el que debe cuidar mucho lo que dice, de manera que el sospechoso al inicio es el analista, mientras que por el contrario es al paciente al que se le da crédito.

Me parece muy bien elegida la cita de Lacan que figura en el cartel del anuncio de este Seminario que señala que la transferencia negativa es el drama inaugural de la experiencia analítica. Es una forma de aproximarse al problema, de captar que apenas se establece la relación analítica, relación de supuesta confianza, sin embargo inmediatamente el analista se torna sospechoso.

Esto es lo que se despliega de manera más explícita y evidente, a veces más amenazante, en la psicosis. Un sujeto

psicótico embarcado en la experiencia analítica con frecuencia puede reaccionar con la transferencia negativa, en consonancia con lo que observaba Freud sobre la dificultad de la transferencia en el tratamiento de los sujetos psicóticos. En ese sentido la paranoia presenta el estado más desarrollado de la transferencia negativa, porque no solamente el Otro comienza por ser sospechoso, sino que el sujeto concluye con la certeza de que el Otro tiene malas intenciones con él, que el Otro tiene voluntad de gozar de él —como lo testimonia el mismo Schreber. En estos casos se desvanece la noción de transferencia negativa para entrar en el dominio del delirio de persecución.

Pero nosotros vamos a quedarnos un poco antes de estos fenómenos, para centrarnos en la transferencia negativa del neurótico corriente, si se puede emplear esta expresión.

PALEA

*H*ay un motivo de análisis muy frecuente en la actualidad, y es la llamada “falta de autoestima”. Esta “falta de autoestima” se sitúa en una zona de evaluación que el sujeto hace de sí mismo, de sus capacidades, de su ser, en relación a un ideal que le sirve de medida. La confusión contemporánea respecto a los ideales no impide que la función del ideal sea insistente, más bien diría que parece constituyente del síntoma, pues el sujeto ubica lo que él considera su síntoma en relación a un ideal de buen funcionamiento. El ideal está presente de esta manera en la localización subjetiva del síntoma.

Lo que subyace a la cuestión de la autoestima es la noción de *agalma*, es decir que en la autoestima referida a un ideal

está en juego la causa del deseo. Un sujeto puede entrar en análisis, del lado del *agalma* o del *palea*, es decir del desecho. He visto el caso de una señora que venía al análisis porque el problema que tenía es que todos los hombres se enamoraban de ella y esos homenajes le traían problema. Esta señora ponía en evidencia que también se puede ir al análisis por un exceso de *agalma*.

Pero lo más frecuente es que el sujeto vaya al análisis por su estatuto de "*sicut palea*", y en este caso, el riesgo es que toda palabra que le venga del analista, toda palabra interpretativa, apunte al sujeto como objeto de desecho. A veces esto se encuentra de una manera muy pura, por lo cual el analista se encuentra reducido casi a no poder decir nada, dado que toda palabra puede ser interpretada por el paciente como una referencia a su estatuto de desecho.

Otras veces uno se encuentra en supervisiones con analistas que vienen porque no pueden decir ni una palabra, lo cual los sume en cierta desesperación, porque el hecho mismo de callar también es considerado por el paciente como prueba de desprecio. En estas circunstancias el analista, o deja salir al paciente, o cambia de profesión, o va a supervisión. A mí me ha sucedido esto en un análisis donde llegué a sentir que no podía moverme, que cualquier gesto que hiciera era persecutorio, porque el sujeto había recuperado este estatuto de desecho que había tenido en su historia, y este efecto analítico hacía que toda palabra apuntara a eso. Esto me permitió entender esa función de atracción, de imantación que tenía el objeto como desecho para ese sujeto. Asistimos aquí al nacimiento de una paranoia artificial, paranoia desarrollada en el análisis.

En el manejo de la transferencia negativa nunca hay que tomar los términos despreciativos que emplea el sujeto para sí mismo, ni siquiera bajo una forma denegatoria. Por ejemplo si el paciente dice que es un estúpido, no conviene de-

cir "usted no es un estúpido", porque eso no deja de significarse como un insulto. Es sólo un ejemplo.

TÚ NO SABES

Si captamos la transferencia negativa a partir de la sospecha transformada casi en certeza, podemos tomar la sospecha como una respuesta a la interpretación como tal; es decir como una respuesta al mensaje de desvalorización que viene del Otro. Esto lo podemos incluir en el clásico circuito lacaniano.

Aquí la respuesta al mensaje de desvalorización que viene del Otro es la sospecha, así como también toda la serie de manifestaciones hostiles que se definen como transferencia negativa. En este contexto toda interpretación puede comunicar un mensaje de desvalorización, en tanto que interpretar es decir al sujeto "tú no sabes lo que dices". De manera tal que toda interpretación puede tener valor de desuposición de saber y, aunque el analista se quede en silencio, como en el análisis se respira una atmósfera de interpretación, puede producirse una significación de desvalorización, un "tú no sabes lo que dices y no sabes lo que haces".

Y este "tú no sabes" —que es casi constitutivo de la posición analizante— es lo que hace de la transferencia negativa el drama inaugural de la experiencia analítica, aunque éste sea un término un poco patético, romántico, de Lacan.

Eso lo podemos ver en la histeria. Lacan habla de histerización del paciente cuando el analista logra comunicar al paciente a través de su interés, de su escucha, comunicar que cosa preciosa es el sujeto. Pero también pue-

de comunicar que es una cosa mala, una mierda, y eso también es histerización, es como si dijera “qué cosa preciosa es tu carácter de mierda”. A veces eso se encuentra en la histeria cuando el analista está muy idealizado, de manera que cuanto más idealizado y elogiado es el analista, el sujeto se experimenta al inicio como reducido a cero ante la presencia del analista, capturado por un “no soy nada en comparación con usted”.

He encontrado el caso de una señora para quién venir a análisis significaba llorar. Es verdad que había en su historia motivos pasados, actuales y potencialmente futuros que la hacían llorar. Pero eso duró hasta un momento en que entendió que mi sola presencia —que era atenta y benevolente— la desesperaba, precisamente por todo lo bueno que me suponía.

Utilicemos este ejemplo para situar la estructura de la transferencia negativa. Primeramente el sujeto entra en la experiencia como falta-en-ser, lo cual se capta de diversas maneras, a nivel del síntoma, a nivel de experimentar el propio vacío de la palabra, etc. Por el contrario el analista entra en la experiencia en tanto que “ser”, supuestamente colmado de su falta de ser (al menos en la posición lacaniana que no coloca al analista del lado del inconsciente, que no se apoya en el registro de la contratransferencia). La transferencia negativa se sustenta a este nivel primario en el cual el analista se presenta como ser, como objeto agalmático.

Lacan definió este ser del analista no como un ser de saber, un ser fálico, sino como portando algo de lo que a su vez está privado el sujeto. Y se puede decir que lo que convoca o suscita este ser es el odio, que por el solo hecho de que el analista se presente como ser, esto justifica el odio. Lacan lo dice justamente en estos términos: el odio se dirige al ser.

DISIMETRÍA

*A*quí vemos introducirse una cierta disimetría entre amor y odio. El amor se dirige a la imagen, está muy vinculado a la forma, a la apariencia, pues se fundamenta en el narcisismo y si el amor se dirige a la imagen, el odio se dirige al ser, (esta lectura responde a una primera época de la enseñanza de Lacan, posteriormente buscó otras maneras de definir el amor).

En el estadio del espejo hay simetría entre el amor y el odio; pero hay otra perspectiva según la cual el odio es más verdadero que el amor, pues el amor engaña sobre la naturaleza del objeto que la imagen cubre, mientras que el odio, en su búsqueda del ser, deja de lado las apariencias. Finalmente Lacan dirá que el odio puede ser una pasión lúcida.

En la obsesión, en el registro de la demanda, esto hay que verlo no sólo en el análisis sino también en la vida cotidiana, fuera del análisis. Lo que se observa en el obsesivo es que el solo hecho de pedir le produce un odio terrible y que a veces uno puede estar tentado de darle la cosa para apaciguar el odio que le despierta el hecho mismo de pedir, aunque el hecho de dar pueda ser interpretado también como un insulto, ya que esto sería la prueba de que uno tiene lo que a él le falta.

El pedido obsesivo es una de las cosas más espantosas. No digo en el análisis, digo fundamentalmente fuera del análisis, donde no se dispone de la maniobra analítica. Ese pedido es en realidad “te ofrezco mi odio”. Y no es casual que Freud señale el problema de la transferencia negativa en los pacientes masculinos obsesivos.

Pienso que como introducción es bastante por ahora. El colega Enrique Rivas me ha dicho que tiene un trabajo como psiquiatra sobre la clínica de la sospecha. Le he pe-

dido que nos diga unas pocas palabras improvisadas sobre el tema. ¿Está publicado su trabajo?

CLÍNICA DE LA SOSPECHA

Enrique Rivas: Está publicado en un trabajo que hemos hecho un grupo de psicoanalistas que trabajamos en la red de Instituciones de Salud Mental de la Comunidad de Madrid. Solemos reunirnos y resultado de esas reuniones son algunos trabajos. Yo hice un trabajo sobre algo que me interesa por la importancia que está adquiriendo como síntoma entre los trabajadores de la salud mental, fundamentalmente psiquiatras.

La tesis es planteada a partir de la interrogación sobre ese axioma que se extiende y que va cobrando importancia y peso en el ámbito universal, el axioma de Salud Mental. Yo lo planteo como una pregunta: ¿Qué es la salud mental? Los herederos de la Psiquiatría y ciencias afines, la psicología etc., plantearon como oferta, en la supuesta reforma psiquiátrica, la propuesta alternativa de asistencia en las instituciones de salud mental comunitaria y lo que se plantea como cuestión fundamental es responder a la oferta generalizada de la sociedad industrializada, oferta de felicidad que asume el psiquiatra. Antes el psiquiatra asumía la responsabilidad de agente de control y de exclusión del enfermo mental y ahora lo que ha heredado el psiquiatra es la gestión de la oferta industrial...

Jacques-Alain Miller: ¿Dónde está la sospecha?

Enrique Rivas: La sospecha está en que el profesional trata de responder a la demanda de felicidad, asumida incluso por la O.M.S. en su definición de la salud mental como

el estado óptimo de bienestar psíquico, social y físico. Lógicamente es una oferta, un objetivo, imposible, más bien es un reto imposible, y esto retorna como síntoma en los trabajadores de la Salud Mental. De tal manera que produce inquietud e indefinición de cuál es la actitud que el profesional de la Salud Mental debe tener actualmente. Me parece que han sido los americanos los que lo han definido como "síndrome de Bornau", que es el malestar que la demanda crea en el propio trabajador de la Salud Mental. Lo que yo planteo es que es imposible responder a la satisfacción plena de la pulsión, y entonces eso produce un imposible y un retorno del síntoma en los trabajadores de la Salud Mental, de lo que no están exentos los psicoanalistas que trabajan en las instituciones.

Jacques-Alain Miller: ¿Cómo traducirlo en nuestros términos de esta mañana? Que los trabajadores de la Salud Mental, por haber aceptado ser portadores de los ideales contemporáneos de normalidad, desarrollan finalmente una transferencia negativa, y que el estrés de los trabajadores de la Salud Mental viene en parte de la transferencia negativa que se despierta en razón de la complacencia a un ideal que conlleva su imposibilidad de realización.

Enrique Rivas: No sólo los pacientes sufren la sospecha de que los que atienden la demanda no van a responderles, en cuyo caso les atribuyen una posición sospechosa, sino que los propios profesionales caen en una situación en la que se tropiezan con un imposible del que no pueden dar cuenta. Los psicoanalistas se enfrentan también a este problema que retorna como síntoma, en la medida en que deben tener esclarecida esa posición de sospecha, que yo calificaría casi de estructural por el hecho de confrontarse a la demanda.

Jacques-Alain Miller: Decir que es estructural es equivalente a decir que nadie tiene la solución, y quizás en eso

radica la fuerza de los analistas. Quizás sea el lado socrático de los analistas que finalmente no ofrecen otras soluciones que preguntas.

Enrique Rivas: La traducción de esto en el campo de la Salud Mental es el trabajo con psicóticos, en la medida que con los psicóticos se establece un trabajo de transferencia en el que hay ese riesgo de caer en la sospecha de que el Otro es el autor de las tramas que le persiguen.

Jacques-Alain Miller: Esa sería la sospecha como raíz o como primera forma de la persecución desarrollada. Gracias. Hay que decir que hay algo de esto también en Wilhelm Reich, por lo menos en su existencia. Borderías dará cuenta de los primeros trabajos de Reich, que son trabajos analíticos, y también de su trayectoria, que a su vez le condujo a una persecución delirante. El problema es que la persecución delirante a veces tiene unas consecuencias que pueden revertir en una persecución verdadera, porque lo cierto es que Reich murió en la cárcel. Ahora daremos la palabra a Andrés Borderías.

NOTAS SOBRE LA TRANSFERENCIA NEGATIVA EN WILHELM REICH

Andrés Borderías: Wilhelm Reich es, sin duda, el autor que más atención dedicó a la transferencia negativa en los primeros tiempos del psicoanálisis, como podemos comprobar leyendo sus textos sobre técnica escritos entre 1925 y 1929. Son elaboraciones producidas en el calor de las discusiones y reflexiones que llevó a cabo junto a sus alumnos y otros destacados analistas como Sterba, Jakobson, Fenichel, Anna Freud, durante el período de tiempo que

ocupó la plaza de director del Seminario sobre Técnica en el Instituto Psicoanalítico de Viena, trabajando casos difíciles, asintomáticos. En estos textos desarrolla la aplicación de la técnica activa al análisis de las resistencias y las defensas, paso preliminar a la construcción de su teoría del análisis del carácter, pero también punto de referencia para la elaboración por parte de Anna Freud de su teoría sobre el análisis del yo y los mecanismos de defensa.

Entre estos escritos destacan por la relevancia dada a la cuestión de la transferencia negativa los siguientes: "Algunos problemas de técnica psicoanalítica", "Sobre la técnica de la interpretación y el análisis de las resistencias", y "El manejo de la transferencia".

Jacques Lacan caracterizó, en "Variantes de la cura-tipo", la posición de W. Reich como clásica, lo que no deja de sorprender tratándose de un psicoanalista del que ahora podemos afirmar con rotundidad que fue un paranoico. Más allá de los excesos a los que se vio llevado en el desarrollo de su delirio, no resulta tan extraño el adjetivo "clásico" si tomamos en serio la posición del paranoico con respecto al saber inconsciente en términos de *Unglauben*, de incredulidad. En este punto la posición de Reich es clásica, porque se sitúa en una posición equivalente a la de todos aquellos psicoanalistas que dieron la espalda a la estructura simbólica del inconsciente, en el giro de los años veinte. Es un modo irónico y radical de caracterizar la posición que tomaron muchos analistas en el momento de viraje de la obra de Freud, cuando la interpretación pareció desfallecer frente al síntoma, y en el que se iniciaron sus desarrollos sobre el más allá del principio del placer. Período en que se cifran las diversas desviaciones del psicoanálisis, bien hacia la técnica activa y la neocatarsis ferencziana, bien hacia el análisis de las defensas y resistencias en la *Ego Psychology*, bien hacia una reparación en el kleinismo. Esta equivalen-

cia "clásica" surge, entre las formulaciones de Reich en su primera época y el resto de sus colegas, por el abandono de la dimensión simbólica del inconsciente y la consecuente incredulidad en el síntoma.

Sin embargo, los extremos a los que llegó W. Reich en sus formulaciones sobre los fundamentos mismos del psicoanálisis le colocaron más allá de los límites del marco freudiano. La publicación del ensayo "La función del orgasmo", en 1926, revela ya una certeza sobre la existencia de una libido por fuera de la regulación de la significación fálica y de los límites del principio del placer. Energía que Reich terminará por ver finalmente "como una luz azul, una mañana en Dinamarca". De aquí que su concepción sobre la etiología de la neurosis se fundamente en la estasis o empantanamiento de la libido, en su supuestamente natural devenir hacia un orgasmo que involucra al organismo, y no al cuerpo. Reich no cree en la castración, ni en los límites de la significación fálica y tiene una certeza en la existencia de una energía libidinal de origen biológico. La primera teoría de la angustia freudiana le confiere un soporte teórico: la angustia es el efecto de dicha estasis libidinal. Y a partir de aquí se suceden sus rechazos sobre diversas articulaciones de la obra freudiana: la pulsión parcial tal y como es desarrollada en los "Tres ensayos...", la segunda teoría de la angustia, la pulsión de muerte y el masoquismo primordial. Finalmente, la desconfianza en la interpretación del síntoma y en la palabra del paciente, dan paso a una interpretación de las resistencias en las que lo gestual tiene el protagonismo; después a un desmontaje de la coherencia caracteriológica del paciente; posteriormente al tratamiento de su soporte muscular –la vegetoterapia–, y por último a un tratamiento directo de la energía del cuerpo –orgonterapia–, secuencia que se sitúa en la pendiente abierta por los efectos de la elisión de la dimensión simbólica.

Finalmente, el rechazo de la castración retorna tanto en la vida como en la obra de Wilhelm Reich como confrontación con un límite real que obstaculiza el fluir energético. Este límite será encarnado en primer lugar por la sociedad capitalista, objetivo a partir de entonces de su lucha y su esfuerzo. En este punto Reich se torna insoportable, primero para el Partido Comunista del que es expulsado en 1930, posteriormente para la comunidad analítica que le expulsa en el congreso de Lucerna del año 1934. No obstante, Reich mantiene siempre una actitud de respeto por la figura de Freud, a pesar de haberle desupuesto el saber hasta cuestionar los fundamentos mismos del psicoanálisis. Expulsado sucesivamente de Suecia, Dinamarca, Noruega, se establece finalmente en EEUU. Su intento de tratamiento del cáncer con su caja de orgonterapia y su desacato al tribunal al que se ve conducido denunciado por estafa, se suceden en el culmen de su elaboración delirante. Conocen el final: Reich termina en la cárcel, lugar en el que muere en 1957, creyendo ser objeto de una conspiración.

Detengámonos ahora en su teorización sobre la transferencia negativa. Hay una cuestión relevante en su abordaje de la misma: el papel fundamental que juega el odio en la dirección de la cura, auténtica pasión en él y cuestión central en su reflexión sobre la transferencia.

En un primer momento encontramos sin embargo una versión más clásica sobre la transferencia negativa, tal y como la formula en "Algunos problemas de técnica psicoanalítica". Dice allí: "...una fuerza también inconsciente, la defensa del yo, dificulta o imposibilita al paciente seguir con la regla fundamental. Esta fuerza se hace sentir como una resistencia contra la disolución de la represión (...) por lo cual, la regla de volver consciente lo inconsciente no debe tener lugar en forma directa sino mediante la disolución de

las resistencias (...) los deseos y temores reprimidos buscan constantemente descargarse, es decir ligarse a personas y situaciones reales (...) ligando sus temores y demandas inconscientes al analista (...) esto da como resultado la transferencia, vale decir el establecimiento con el analista de relaciones de amor, odio y angustia (...) actitudes que no son sino repetición de actitudes anteriores, principalmente infantiles". Primera versión, entonces, de la transferencia como resistencia por la actualización y proyección de antiguos conflictos en el analista, ocasionalmente de odio.

Pronto introduce su lectura particular en esta primera versión de la transferencia negativa. Dirá así en "El manejo de la transferencia": "Fue precisamente el deseo de establecer una transferencia positiva intensa la que me incitó a prestar tanta atención a la transferencia negativa". Reich desconfía de la transferencia positiva, no porque haya captado el carácter engañoso del amor, sino porque la transferencia positiva no es para él un efecto del significante. La transferencia es el efecto de la actualización de una falta de gratificación libidinal en el paciente, que liga sus demandas y temores al analista. Por tanto, no se producirá una auténtica transferencia positiva hasta que la energía libidinal, liberada de su estasis, tome al analista como objeto. Hasta entonces, transferencia negativa. Podríamos decir que la significación del amor de transferencia toma la fórmula paranoica: "él no me ama, sino que me odia".

En este contexto, el odio toma para Reich el carácter de una señal primordial, señal del desarreglo del discurrir libidinal, producido por el encuentro con un padre que, en lugar de garantizar la ligazón de la ley y el deseo, prohíbe el natural fluir de la libido. Este odio se actualizará en cuanto se inicie el análisis. Dice así en el mismo texto: "Un estudio exacto de estas primeras manifestaciones de la llama-

da transferencia positiva demostró que se trataba de una de estas tres cosas:

- ✓ 1. Transferencia positiva reactiva. En este caso el paciente compensa un odio transferido mediante manifestaciones de aparente amor.
- ✓ 2. Sometimiento al analista, resultante de un sentimiento de culpa o de masoquismo moral, tras lo cual no se oculta sino un odio reprimido y compensado.
- ✓ 3. La transferencia de deseos narcisistas, esperanza de que el analista amará o admirará al paciente, que se transformará en amarga decepción y en odiosa herida narcisista".

Reich advierte al analista de la importancia de estar alerta a la aparición de estas transferencias negativas latentes a través de la observación de la gestualidad y comportamiento del paciente. Aquí es cuando aparece la intervención del analista, que da paso a la tercera aproximación a la cuestión. Ya no se trata de la reedición del odio, sino de los efectos que va a provocar la intervención del analista tal y como lo formula en *Análisis del Carácter*. A partir del análisis de las resistencias caracteriológicas del paciente, de la interpretación sistemática e insistente de los aspectos imaginarios de la coraza caracteriológica en las que se hallaría retenida la libido, Wilhelm Reich conduce a sus pacientes a lo que él denomina la fase más delicada del derrumbe del narcisismo secundario, desintegración de las formas reactivas y de las ilusiones creadas por el yo para su preservación, que movilizan en sus pacientes los más intensos sentimientos negativos hacia el análisis.

Entonces, a modo de recapitulación, encontraremos al menos tres abordajes de la transferencia negativa. En primer lugar como resistencia, resultado de la repetición y proyección del vínculo hostil hacia el analista. En una segunda versión Reich describe una transferencia negativa latente a la transferencia positiva, indicio de la actualiza-

ción en la demanda dirigida al analista de un desarreglo contingente del goce libidinal. Por último, una tercera versión de la transferencia negativa como reacción del paciente ante la interpretación sistemática de sus resistencias, y en ocasiones como odio dirigido al analista por efecto del derrumbamiento de su narcisismo.

EL POSTULADO DE REICH

Jacques-Alain Miller: En los primeros tiempos de la enseñanza del psicoanálisis está solamente Freud como testigo y en esos primeros tiempos Reich era, como usted nos lo recuerda, una autoridad. Estamos en los años veinte, cuando Reich era una referencia del Instituto Psicoanalítico de Viena y director del Seminario de Técnica, que era el más cursado. Cuando Lacan dice que es un autor clásico, usted lo interpreta como una ironía. Puede ser, dado que, como usted ha recordado, la trayectoria de Reich no tuvo nada de clásica ni de ortodoxa.

Efectivamente hay algo irónico en Lacan al afirmar que Reich se convierte en un clásico del Psicoanálisis, en tanto que clásico significa lo que se enseña en las clases. La significación propia del término es que un autor clásico es alguien que enseña en las clases. Cuando los jóvenes de los años veinte querían saber algo de psicoanálisis iban a Viena a encontrarse con Freud, pero allí también se encontraban necesariamente con Wilhelm Reich.

Su tentativa apuntaba a superar las dificultades de la práctica analítica surgidas después de la Primera Guerra Mundial, es decir cuando el psicoanálisis ya había entrado en la cultura y quizás también él mismo despertaba transfe-

rencia negativa. Los analistas de entonces se encontraron con que ya no podían hacer como Freud, como las maravillas que habían leído en “La interpretación de los sueños”, la maravilla de curar el síntoma con la palabra, con la interpretación. Se encontraron con esta dificultad y trataron de resolverla en el Seminario de Clínica del Instituto, que era el pulmón de esa época. Los efectos de esta búsqueda reverberaron en todo el Psicoanálisis, después del traslado de muchos de estos analistas a los Estados Unidos.

Es irónico entonces pensar que el joven y brillante analista, enseñante del Instituto Psicoanalítico de Viena, haya terminado de manera miserable, treinta años después, en una cárcel de los Estados Unidos. Bien, dejemos ahora un poco el patetismo de lado y quizás usted pueda ubicar ahora la teoría de Reich respecto de algunas de las cosas que he avanzado esta mañana.

Andrés Borderías: Antes de leer el texto comenté que se agudizaba la dificultad que yo encontraba en Reich y que tiene que ver con esta cuestión. Porque hay un aspecto de su teorización en el que se recoge muy bien lo que podríamos llamar el acuse de recibo en la relación transferencial del encuentro con el ser, y cómo eso remite en última instancia al odio. Pero quizás lo más notable es que este odio que él detecta en la situación analítica, finalmente se transforma en una certeza. Aquí se puede ver una oscilación entre un cierto rigor en la elaboración de Reich y un aspecto casi delirante, en el sentido en que la certeza del odio termina por ganar toda su argumentación en relación a la transferencia.

Otro aspecto que hay que destacar es el carácter libidinal del odio, pues éste surge como consecuencia de una detención en el supuesto devenir natural del desarrollo libidinal. Y a pesar de la “sonrisa interior” que él dice captar en los pacientes, a pesar de ello, él sabe con certeza que hay siem-

pre una desconfianza ciega en juego.

Jacques-Alain Miller: Me parece muy acertada esta puntuación que hace, porque lo cierto es que para Reich la transferencia negativa es casi un axioma que, o bien se manifiesta abiertamente o bien permanece en forma latente. Y esto tiene estatuto de postulado para Reich, postulado en el sentido en que lo plantea Clérambault para la psicosis. Porque él plantea de antemano algo que se podría formular en los siguientes términos: “tú me dices que me quieres pero en realidad me odias”, lo cual le proporciona una orientación rigurosa que le permite ordenar los fenómenos de la experiencia analítica a partir de esta certeza. ¿Quiere darnos algún otro elemento?

Andrés Borderías: Reich termina llevando al paroxismo esta certeza, porque concluye estableciendo una secuencia entre esta certeza en el odio inicial y los distintos rasgos caracteriológicos. Es decir que su teoría energética, su teoría caracterial, es la manera en que se cristaliza el modo en que el sujeto quedó frustrado, lo que dará cuenta de las diversas modalidades de la transferencia negativa.

Jacques-Alain Miller: Hemos estudiado a Reich en el Campo Freudiano, en París, en los inicios de los años ochenta y luego se ha publicado en *Ornicar?* Me parece que lo que usted agrega a lo que se había dicho en aquella época es casi una relectura del Reich clásico a partir del último Reich. Estoy de acuerdo que su teoría clásica, la que se enseñó en Viena en los años veinte, tiene una matriz delirante. Cuando Lacan lo comenta en “Variantes de la curatipo”, Reich aún está vivo.

El postulado de partida es que el sujeto quiere gozar, está enfermo por falta de goce, y el analista es el que encarna el obstáculo al goce, un obstáculo a la voluntad de goce que anima al sujeto. El analista viene a encarnar la razón de su impotencia porque no da las satisfacciones, no satisface al

sujeto. Se puede ver que ésta es una manera muy simple pero muy brutal de entender la fórmula de Lacan de que el drama inaugural de la experiencia analítica es la transferencia negativa.

En cierto modo esto lo ha percibido Reich, aunque de forma delirante. Lacan plantea que en el comienzo está el amor y Reich, por el contrario, dice que al comienzo está la transferencia negativa. Su método de verificación es casi como en la erotomanía, donde el sujeto puede demostrar que todas las manifestaciones hostiles del objeto son manifestaciones de amor o puestas a prueba para el sujeto. Hay aquí como una erotomanía invertida, una teoría de la transferencia diseñada sobre la base de una suerte de erotomanía invertida. Es decir que finalmente Reich toma todas las manifestaciones de la transferencia positiva del paciente como resultado de la transferencia negativa. Primero el sujeto demuestra su amor, pero, en rigor, ésta es una inversión de un odio fundamental. Observarán que esto es difícil de demostrar pero también es difícil de contradecir.

Por otra parte, Reich considera que el sujeto se somete a lo que dice el analista, se somete por masoquismo y por sentimiento de culpa, pero él interpreta este sometimiento como una rebeldía invertida, pagando esta inversión con el sentimiento de culpa. Aunque el sujeto se somete y trabaja, lo hace con la esperanza de ser querido por el analista y eso esconde un odio fundamental.

El postulado de tipo erotomaniaco que propone es que el sujeto quiere gozar a cualquier precio y no puede no ubicar al analista como obstáculo a eso. Finalmente concluye construyendo un aparato para liberar el goce del cuerpo, es decir que por último hay que quitarse también al analista de encima para tratar de operar directamente con lo que él concibe como libido material.

LOS AÑOS VEINTE

Pienso que hay algo que aprender de la lectura que Lacan ha hecho de Reich, porque éste ofrece un testimonio fidedigno de la peculiaridad de los años veinte, momento en que se produce una pérdida de confianza de los analistas respecto a la palabra del paciente. Y Reich, precisamente, ha teorizado acerca de lo que había que mirar y observar del paciente por fuera de la escucha. Propone observar al paciente en su comportamiento, como entra a la sesión, como se tumba en el diván, como se viste, como da la mano, si tiene algún manierismo peculiar etc. De lo que se deduce que el analista reichiano no debe ser solamente una oreja para escuchar sino también un ojo para captar todos los detalles de la conducta del paciente.

Hay que decir que Lacan también tiene una cierta sospecha sobre el paciente, una actitud de vigilancia y sospecha hacia el paciente, aunque esto pueda tener un matiz delirante. También puede existir el analista delirante. Un colega del Campo Freudiano me relató que había estado en supervisión con un analista kleiniano en Londres, y éste le indicaba que nunca había que caminar delante del paciente porque había algunos flujos que podían emanar del paciente hacia el analista, aunque no se sabía muy bien como estos flujos podían penetrar en el cuerpo. Evidentemente es ésta una versión delirante de la relación analítica y en Reich, como recordaba Borderías, también hay algo de este matiz delirante.

Lacan subraya que para los analistas de esa época cualquier cosa valía más que el discurso del paciente, buscaban algo más real que el discurso y pensaban que la observación del comportamiento les daba una prueba de lo real. Por eso, cuando escuchaban el discurso, no estaban atentos a los

elementos significantes, se fijaban en la voz y en todo lo que rodeaba la palabra, pero sin entrar en el campo del lenguaje propiamente dicho.

Lacan coloca a Reich entre los analistas que dejan de escuchar la verdad para buscar la realidad, y ello les condujo necesariamente a dejar de lado la dimensión del *après-coup*, de la que sabemos la importancia que Freud le otorgaba. El tiempo retroactivo es un ejemplo de cómo operar con la verdad, porque no es el hecho en sí lo que cambia, lo que cambian son las significaciones sobre el hecho. A nosotros esto nos parece muy sencillo porque tenemos a Lacan.

La cultura actual, marcada por el posmodernismo y el pragmatismo, es sensible a la idea de un relativismo de la verdad, es una cultura que nos hace padecer del relativismo de la verdad, y por ello Lacan puso todo su esfuerzo en construir el concepto de lo real propio a la experiencia analítica. Pero en la época de Reich se prefería cualquier cosa que pareciera real antes que explorar la dimensión la verdad, con su mecanismo de retroacción significativa.

La sospecha de Lacan a propósito de Reich y de los analistas de su tiempo es que utilizaban la sugestión, que es una palabra clave también para situar la transferencia negativa. Es decir que aplicaban una suerte de hipnotismo, sustentado en su confianza en el saber del analista como motor de la experiencia analítica y que le era impuesto al paciente. No es casual que fueran estos analistas los que pusieran el acento en el análisis de las resistencias, que en la práctica no es otra cosa que el hecho de que el paciente diga que no y el analista que sí.

LA POSICIÓN DEL ANALISTA

Aunque estoy simplificando un poco, lo que quiero subrayar es que lo latente de esta situación es la prepotencia del saber del analista, un saber ya adquirido, y la insistencia de imponerlo; eso se percibe a menudo en los análisis kleinianos, donde el analista suele hablar mucho para transmitir el saber adquirido del analista.

Lacan combate absolutamente la idea de que haya que buscar la interpretación en una caja de conocimientos ya adquiridos, porque en esos años veinte, el recurso más frecuente del analista era la insistencia en sugestionar al paciente con un saber adquirido, y por esa razón precisamente la transferencia negativa tenía tanto peso para ellos, porque los pacientes se resistían a esa sugestión diciendo que no. Por esa razón Lacan invertirá la perspectiva diciendo que la resistencia es del analista, una resistencia al inconsciente del paciente, al deseo del paciente, deseo que no se deja reducir por la sugestión. Porque, en definitiva, lo que se presentaba como transferencia negativa no era más que la respuesta del paciente a la tentativa del aplastamiento sugestionante del deseo.

Lacan analiza en estos términos la práctica de los analistas de los años veinte, lo cual le permite precisar muy bien la diferencia entre sugestión y transferencia. He insistido muchas veces en la distinción establecida por Lacan en el *Seminario XI* entre transferencia y repetición, dos términos que habían sido confundidos en el psicoanálisis de entonces. Pero lo cierto es que la primera distinción que hizo Lacan fue entre sugestión y transferencia. Precisamente por eso construye su grafo con dos pisos, para poder mostrar el nivel inferior de la sugestión y el nivel superior de la transferencia. Es decir, que una

de las razones para construir este grafo de dos pisos fue formalizar una diferencia que estaba confundida por los analistas de aquella época.

Estos analistas se ubican en el lugar del Otro que sabe y desde allí envían un mensaje de sometimiento desde un saber ya adquirido, lo cual retorna con la supuesta transferencia negativa, que en realidad no es otra cosa que el deseo de que no se elimine el circuito del deseo. A partir de esta lectura Lacan puede decir que es el analista el que resiste, se resiste a permitir la apertura del circuito propiamente analítico y, correlativamente, el deseo del analizante se resiste al aplastamiento, a la sugestión.

Los diez primeros años de la enseñanza de Lacan explican de diversos modos que hay dos niveles en muchos aspectos de la experiencia analítica, por ejemplo la demanda y el deseo, el enunciado y la enunciación etc. Son años en que Lacan toma la experiencia analítica y la despliega como un acordeón. Y la posición de Reich — que como ya señalamos dictaba el Seminario de Técnica en el Instituto Berlín — era ubicarse como un sujeto que sabe realmente, no que se supone que sabe, lo cual le permite inferir a Lacan que a partir de esa posición del analista se desprende la transferencia negativa como respuesta en el analizante.

Este ejemplo ilustra muy bien la relatividad de los fenómenos que se producen en la experiencia analítica, relatividad de los fenómenos respecto a la posición del analista, algo que podemos observar frecuentemente en las discusiones sobre los casos, es decir que no hay una clínica que no implique la posición del analista. En la clínica de Reich, resulta evidente la razón por la cual él se siente perseguido por sus pacientes, en la medida en que él mismo toma una posición persecutoria, de vigilancia sobre la transferencia negativa, pero lo terrible es que eso ha continua-

do como experiencia analítica desviada.

Debo decir que escuché un trabajo referido a este problema hace un año en el Congreso de los colegas de la I.P.A., en Barcelona. Un trabajo en el que un analista famoso se veía ante el problema de cómo defenderse del paciente. Sus términos eran: “el paciente trata de colonizar mis pensamientos y mi problema como analista es liberarme de los fenómenos de colonización” —es una cita. Es un colega muy interesante por varias aportaciones que ha hecho. Yo tuve la ocasión de conocerle hace muchos años en Nueva York. Su concepción de las cosas me permitió decirle que me hacía pensar en *Star Wars*, en la Guerra de las Galaxias, y el paciente me recordaba a Darth Vader.

Lo que este ejemplo nos enseña es que, si en la experiencia analítica no se toma la perspectiva de la verdad, se pueden producir fenómenos que rayan con la locura. A nosotros nos es un poco difícil imaginarnos esta situación porque hemos sido formados en la enseñanza de Lacan, pero para ilustrar este fenómeno veo muy de actualidad detenerse en el primer Reich, porque en él se percibe esta persecución recíproca en la que se puede convertir la relación analítica por la mala ubicación del analista.

CONVERSACIÓN

Rosa María Calvet: Hay algunas preguntas en la sala. La primera es Miriam Chorne.

Miriam Chorne: La exposición de Miller fue muy clara respecto a la tesis de Lacan en el escrito “La dirección de la cura”, en la que sostiene que cuando no se tiene presen-

te cierta dimensión de la práctica, ésta se transforma en el ejercicio de un poder. Esto lo desplegó claramente respecto al problema de la transferencia negativa y la resistencia tal como surge de un autor como Reich, pero los trabajos de esta época tienen también un lado digno, noble, porque reflejan lo que era un problema para los primeros analistas de los años veinte, el problema de las dificultades con la interpretación, cosa que el mismo Freud recoge en el Congreso de Nuremberg y a partir del cuál Ferenczi propone la técnica activa. Es decir, que es un momento en el que se plantean dificultades después de una primera época de luna de miel con la verdad. Lacan criticó pormenorizadamente esta degradación de la cura cuando se convierte en el ejercicio de un poder, esto es lo que usted ha recalado. Efectivamente esto fue así, pero también se trató de dar soluciones a un problema verdadero, que es el de los límites de la palabra, qué ocurre cuando la palabra no alcanza. Estos límites, que fueron los del propio Freud en el caso del hombre de los lobos, se manifiestan cuando uno se encuentra con el tope de la interpretación para producir cambios o con la incredulidad del paciente hacia la efectividad del tratamiento.

Gustavo Dessal: Transferencia positiva y transferencia negativa son también un problema de clasificación. ¿Qué entender por positivo y por negativo? ¿Positivo y negativo respecto a qué? ¿En función de qué se mide la cualidad positiva de la transferencia? Me preguntaba si esto no nos circunscribe demasiado el problema de la transferencia negativa a los fenómenos que conciernen a la vertiente de la hostilidad, la agresividad y el odio. Entonces me planteo, ¿dónde situar dentro de esta clasificación de transferencia positiva y transferencia negativa, una dimensión de la transferencia que es la transferencia erótica, que no es exactamente la transferencia positiva para Freud? Para

Freud la transferencia positiva es la que juega a favor del desciframiento del inconsciente y cuando la transferencia interrumpe la corriente que va a favor del desciframiento del inconsciente ya no es exactamente transferencia positiva, puede convertirse en transferencia erótica u hostil. O sea, que bajo la rubrica de la transferencia negativa también podemos encontrar fenómenos que no se circunscriben estrictamente a la hostilidad, la agresividad y el odio. Me planteo como una pregunta si en definitiva, aquello con lo que nos estamos confrontando no sería la idea de que más allá de lo que el paciente dice habría otra dimensión que no es la dimensión significativa de la transferencia sino más bien su vertiente pulsional, en la cual se podrían situar tanto los fenómenos que tienen que ver con la agresividad o con el odio y fenómenos que se vinculan a lo pulsional en el sentido erógeno del término.

También es oportuno subrayar que la teoría de Reich se apoya en algo de la obra de Freud, como sucede con muchos de sus discípulos. Se apoya en algo que Stekel había intuido muy tempranamente y que Freud de alguna manera celebra como algo verdadero en el texto "Las pulsiones y sus vicisitudes" cuando dice que el odio es más primario que el amor. Freud hace un desarrollo que Lacan retoma con su teoría del objeto "a", en el sentido de que el odio no es sólo más primario sino que a la vez es más certero que el amor, en el sentido que usted recordaba: que la pasión del odio es más lúcida. Y Lacan lo dice así en el *Seminario XX*: aquellos que me odian, me leen mejor. El odio es más objetivante que el amor porque el amor está entrampado en el narcisismo.

Jorge Alemán: Esta mañana tuvimos la oportunidad de desarrollar la fenomenología de la transferencia negativa y se evocó, por ejemplo, el carácter ambivalente de la transferencia negativa. Luego esto se extendió y usted habló del

carácter polivalente de la transferencia negativa. En esta misma dirección, a mí me parece que se deduce una pregunta con respecto a la contratransferencia. ¿Son suficientes los enunciados del doctor Lacan con respecto a la contratransferencia en términos de tontería del analista, o la transformación del concepto de contratransferencia en el deseo del analista, o bien la resistencia del analista como se evocó antes? ¿O convendría volver a discutir también una cierta fenomenología polivalente de la contratransferencia?

Dolores Castrillo: Yo quería preguntarle al señor Miller en qué medida la transferencia negativa como desconfianza sería o no un obstáculo para la instalación del Sujeto supuesto Saber. Recuerdo el testimonio de pase de Genevieve Morel, que me impresionó especialmente, en el que decía que todo su análisis comenzó y se desarrolló bajo el signo del escepticismo (ella no lo llamaba la desconfianza), y me preguntaba si estos términos podrían colocarse en serie. Otra cosa que me he preguntado es en qué medida se puede pensar que se es verdaderamente escéptico, quiero decir si existe lo que Habermas denomina la paradoja del escéptico, que dice que desde el momento que alguien dice "soy escéptico", ya no lo es, porque cuando habla por lo menos tiene la confianza de que se supone que se dirige a lo que Habermas llama la comunidad de discurso, la comunidad de comunicación. O en términos de Lacan, desde el momento que hablamos, o que pedimos ser escuchados, por más desconfiados que seamos respecto del oyente, cabe pensar que hay una confianza en el Otro de la palabra como testigo de lo que digo. Entonces, ¿en qué medida la transferencia negativa como desconfianza, como escéptica —no sé si el término vale pero yo los vinculo— implica una confianza previa?

Lucía D'Angelo: Quería sumarme a una puntualización que hizo Gustavo Dessal en relación a la transferencia eró-

tica en Freud. Por lo menos en “Dinámica de la transferencia”, Freud pone muy en claro que la transferencia erótica es una forma de transferencia negativa, en la medida en que obstaculiza la cura analítica. Eso no quiere decir que ésta no se pueda transformar, continúa Freud, pero hay que subrayar que esta erotización de la transferencia implica en primer lugar la respuesta del analista a esta erotización de la transferencia y, por supuesto, pone como ejemplo la erotización de la transferencia en el caso de la histeria. Creo que esto nos permite hacer una distinción interesante a partir de la enseñanza de Lacan, diferenciar lo que es la erotización de la transferencia en la neurosis de la erotomanía como modalidad de la transferencia en la psicosis. Y creo que ubicar estas dos modalidades nos permitiría también distinguir por lo menos dos tipos de sospecha, pues no sería la misma sospecha la que se juega en relación a la erotización de la transferencia en la neurosis, que la sospecha propia de la erotomanía en relación a la psicosis.

Sagrario García: Yo aprovecho para enlazar la intervención de Jorge Alemán con una cuestión que me ha surgido esta mañana escuchando a Jacques-Alain Miller cuando ha dicho que la resistencia es resistencia del analista. De acuerdo, pero entonces entender la transferencia negativa del lado del paciente como resistencia del deseo, como resistencia a la sugestión, es algo que siempre me ha producido dudas en el escrito de Lacan “La dirección de la cura”, cuando habla de la anorexia y dice que “juega con su rechazo como con un deseo”. Entonces, cuando dice “como con un deseo”, uno duda de que sea un deseo de verdad, porque el deseo es algo siempre en movimiento mientras que en este rechazo hay algo de fijación que hace dudar de que se trate de un deseo. Mi pregunta sería si ahí se podía ver alguna diferencia.

Adolfo Jiménez: No sé si entiendo muy bien cuando se

habla de transferencia negativa a propósito de la vertiente erótica de la transferencia, ¿no se trata de la definición que ha dado Gustavo Dessal, de equiparar la transferencia negativa con la resistencia? Efectivamente Freud lo propone como lo que hace obstáculo y retarda el trabajo analítico. Eso me ha hecho pensar, y se lo pregunto: ¿qué articulación se podría hacer entre la transferencia negativa y el masoquismo, que en este sentido también aparece como primordial?

Jacques-Alain Miller: Diga un poco más...

Adolfo Jiménez: No sé más, es una pregunta. Se ha hablado también del odio como más certero y anterior al amor, y en este sentido en el masoquismo hay también una primariedad. No sé decir más. Mi pregunta es si usted puede articular algo respecto a la transferencia negativa y el masoquismo.

Jacques-Alain Miller: Esto es una conversación y en una conversación nos respondemos los unos a los otros.

Concha Gaspar: Yo intento unir lo que ha comentado Gustavo Dessal respecto a la transferencia negativa con algo que me ha sugerido el grafo. Lo que me pregunto es si se podría entender la transferencia negativa como lo que interrumpe el circuito largo del grafo, es decir, si la transferencia negativa sería lo que cortocircuita la pregunta por el deseo. Y si todas las intervenciones del analista dirigidas hacia el yo también impedirían que la pregunta se despliegue. Quizás así se pueda entender la transferencia negativa en el sentido que plantea Lacan en el Seminario sobre la angustia sobre los cortocircuitos que impiden la pregunta por el deseo.

Enric Berenguer: Se me ocurría, para responder a Adolfo Jiménez, que hay un cierto paralelismo interesante entre dos figuras: la de Ferenczi y la de Helene Deutsch. Porque los dos dan un nombre a lo que sería el límite de lo que

podieron analizar con Freud. Y lo interesante es que el nombre del límite que da Ferenczi a su análisis con Freud es el de la transferencia negativa. Hay un reproche explícito, formulado por Ferenczi en su correspondencia con Freud, de que el análisis no pudo ir más allá porque Freud no había analizado la transferencia negativa. Me parece interesante esta puntuación porque plantea en primer lugar la relación entre la transferencia negativa y esta dimensión del límite de lo analizable y el nombre que este límite puede tomar para un analizante en su análisis. En Helene Deutsch hay un fenómeno parecido, pero el nombre de lo que aparece como lo no analizado con Freud es precisamente el masoquismo. Tenemos entonces dos nombres dados al límite de lo que no se puede articular en un análisis. Me pregunto si allí también se puede trazar una cierta línea de filiación entre Ferenczi y Melanie Klein, en el sentido de la importancia que toma posteriormente el odio en la obra de Melanie Klein. Eso nos plantea una temática interesante que sería la relación de la transferencia negativa con la problemática de la alienación y la separación, ya que al fin y al cabo lo que le reprochaba Ferenczi a Freud era que, en cierto modo, nunca se había podido separar de él porque había habido un resto no analizado cuyo nombre precisamente para él era la transferencia negativa. En cierto modo Helene Deutsch hacía un reproche parecido, hacía el reproche de que no se había podido avanzar porque había quedado algo no analizado.

Pedro Cano: Voy a hacer alguna consideración referente a lo que usted comentó esta mañana sobre la fenomenología del odio distribuido en grados, como si hubiera una cierta gradación del odio, incluso en el sentido cuantitativo, aparte del cualitativo. Me pregunto si esto se podría pensar en relación con las estructuras o con algunas entidades clínicas que a veces llamamos transclínicas porque apare-

cen o pueden aparecer en cualquier estructura. Por ejemplo en la anorexia, a veces en las situaciones límites decimos que cuando el sujeto rehusa de manera decidida el alimento, en ese punto límite hay un rechazo que se produce en el registro de la necesidad. Sí articulamos necesidad-demanda-deseo, podemos situar un momento de desintrincación pulsional donde Thanatos gana la batalla y eso se traduce por un rechazo a cualquier objeto que tenga relación con el registro de la necesidad misma. Usted hablaba por ejemplo de la demanda del obsesivo, que no puede pedir y que cualquier oferta que se produzca del lado del analista es considerada como odio.

Jacques-Alain Miller: Puede pedir, pero a costa de odiar al mismo tiempo; el pedido va con el odio.

Pedro Cano: Esto de alguna manera implica cierta gradación del odio, cierta gradación de la pulsión de muerte, cierta articulación de la intrincación de Eros y Thanatos. En relación a la diferencia de los sexos quería tomar esta perspectiva, porque en la anorexia hay un momento donde la cuestión de la diferencia ya ni se plantea. Es decir, hay un borramiento absoluto de lo que podría ser la insatisfacción histérica. Con los psicóticos podemos hacer una apreciación clínica y es que los pacientes psicóticos habitualmente no se enferman, por eso decimos muchas veces que gozan de buena salud, como si su cuerpo no fuera afectado por ese tipo de inquietudes que a otros nos afectan. Entonces, en ese registro, el odio podría ser cuantitativamente mayor, en el sentido de que no se ha podido articular ni en el registro de la necesidad ni en el registro de la demanda, de allí la tendencia del sujeto a encarnar más literalmente esa faceta de desecho que usted mencionaba.

Francisco Roca: Un poco al hilo de lo que decía Enric Berenguer, y tratando de responder a la pregunta que se hacía sobre la relación entre la transferencia negativa y una

postura masoquista. Yo quisiera retomar algo de lo que ha dicho usted esta mañana, que a mí me ha parecido muy importante y que tengo la sensación de que ha pasado un poco desapercibido. Cuando nombraba el texto de Natalie Saurrate, *La edad de la sospecha*, ha planteado que si la transferencia negativa se entendía como una sospecha se podría concebir como una modalidad epistémica. Esto me ha parecido importante porque creo que, en la obra de Freud, la aparición de la transferencia negativa como aquello que incomoda al analista, vendría a poner en evidencia lo mal fundado del paradigma mecanicista que Freud parece seguir a lo largo de toda su obra, al menos hasta los últimos textos. En 1925, cuando sitúa el lugar del psicoanálisis en la dicotomía que establece Dilthey entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu (en las que entrarían la filosofía, la religión, la etiología, etc.), Freud exige que el psicoanálisis se considere como una ciencia de la naturaleza, puesto que sus conceptos no tienen los límites tan bien definidos como las ciencias del espíritu. Entonces, esto tiene una consecuencia y es que el paradigma que orienta la reflexión de las ciencias de la naturaleza, hasta el siglo XIX y principios del XX, es el paradigma newtoniano de causa-consecuencia, y parece que es esto lo que hace avanzar a Freud en su saber sobre las históricas. Y cuando se encuentra con alguna dificultad que le hace cuestionarse este modelo de pensamiento, le incomoda bastante. Mientras que en las ciencias del espíritu lo que parecería ser el modelo de razonamiento es la analogía, es decir, mas bien el modo escolástico. En apoyo de esta reflexión que hago vendría el ideal, en un intento de apuntalamiento por parte del paciente mismo de este paradigma mecanicista de "si... entonces": si el analista tiene determinados ideales, y yo los encarno o no los encarno, entonces entro en la dimensión del deseo del Otro o no entro, y esto no deja de tener con-

secuencias. En este sentido creo que la transferencia negativa llevada al lugar de la sospecha promovería lo singular de cada sujeto, tanto en su posición de *agalma* como en su posición de desecho, promoverlo a la categoría de causa; creo que es así como usted lo ha situado esta mañana cuando dijo que el síntoma venía a denunciar algo que no funcionaba en el ideal del sujeto.

Jacques-Alain Miller: No voy a estar en el lugar de responder a las preguntas o comentarios. Todas estas cuestiones podemos considerarlas como dirigidas a la literatura analítica y a nuestra comunidad analítica misma. Veremos si los aportes que se hacen esta tarde responden a las preocupaciones que se han expresado, y también nos serán útiles seguramente para entender porque no utilizamos mucho las expresiones transferencia positiva y transferencia negativa.

Lo cierto es que uno se podría quedar con la transferencia entendida según la estructura del Sujeto supuesto al Saber, porque una vez que se entra en el discurso analítico el Sujeto supuesto al Saber se proyecta en el horizonte. Sujeto supuesto al Saber que no es otra cosa que la significación de saber que se produce en el análisis. Lo que ubica la transferencia es eso precisamente, el resto es lo que aparece en la afectividad.

Ahora vamos a escuchar a Mercedes de Francisco con una presentación de la tesis III de Lacan en su texto sobre "La agresividad en psicoanálisis" y que apunta a la cuestión de la transferencia negativa. Después continuaremos conversando.

LA AGRESIVIDAD EN LA EXPERIENCIA ANALÍTICA

Mercedes de Francisco: En esta corta intervención, quiero articular algunas preguntas ciñendome exclusivamente a un texto de los *Escritos* donde Lacan nombra la transferencia negativa. Este texto es "La agresividad en psicoanálisis", de 1948 (Informe teórico presentado en el XI Congreso de psicoanalistas de lengua francesa). Me centraré en su tesis número III.

Es interesante señalar como introduce Lacan las V tesis de este informe. Comienza advirtiéndonos del hiato que en la teoría freudiana introduce el concepto de "pulsión de muerte" y cómo esta aporía está en el corazón del concepto de agresividad. Jacques-Alain Miller en su Seminario *Silet* del curso 94/95, nos recuerda que para Lacan la libido nunca se separó de la noción de pulsión de muerte, y nos muestra tres épocas distintas en la manera de abordarla. En un primer tiempo sitúa la libido en el registro de lo imaginario y considera a la intención agresiva como la marca de la pulsión de muerte.

2º En un segundo momento ha situado la libido como concepto freudiano en el registro simbólico, y esto le conduce a la equivalencia del deseo y del sentido, el deseo es concebido como el sentido que fluye bajo la articulación significativa sin jamás aparecer en tanto tal. En

3º tercer lugar ha dado una reescritura de la libido en tanto que goce que pertenece al registro de lo real. Siguiendo esta definición diacrónica que nos aporta Jacques-Alain Miller, quisiera situar mis preguntas refiriéndome a este texto que se puede enmarcar en el primer tiempo de la enseñanza de Jacques Lacan.

Si es en la agresividad donde podemos evocar la pulsión

de muerte, es central el tratamiento que le demos a esta cuestión en la dirección de la cura. La tesis III de Lacan comienza recordándonos que, aunque nuestra práctica se sostenga en la "dialéctica del sentido", el diálogo ya desde Sócrates ha mostrado ser insuficiente y fracasar a la hora de renunciar a la agresividad. La intención agresiva es un modo de indicar que la experiencia analítica no puede ser concebida en su totalidad como una experiencia dialéctica. Es más, la agresividad se mostrará en la experiencia analítica como intención, cuya frecuencia podemos casi medir, mientras que las manifestaciones de violencia son raras, ya que el paciente ha aceptado el diálogo. Cuando el enfermo se somete a la regla fundamental de la asociación libre se despliega "una intencionalidad ciega", ya que la asociación libre, al ser la menos libre de todas, mostrará como las palabras que el sujeto elige para expresar su mal sirven de vehículo a la agresividad que, como dijimos antes, es la marca en el registro imaginario de la pulsión de muerte. Por eso, es en el discurso del paciente donde vamos a ver modularse esta intención agresiva, "ya sea en el discurso reivindicativo; en la suspensión, la vacilación, las inflexiones, lapsus e inexactitudes del relato, en los retrasos en las sesiones, en las ausencias calculadas, en los reproches, en las reacciones emocionales de la ira, etc."

Jacques Lacan opone a la asociación libre del paciente la "abstención, por parte del analista a responder... en ningún plan de consejo o de proyecto". Considera necesario justificar esta posición del analista que se ofrece como un personaje despojado de gustos, de características que digan algo de él y de sus intereses, que evita reacciones que el interlocutor busca en su rostro, oculta lo que puede delatarle, se despersonaliza, trata de aparecer con un halo de impassibilidad; y no solo prepara las condiciones necesarias para su "intervención interpretante", sino que además

“quiere evitar una emboscada”, la emboscada de lo que el paciente espera de él: “que participe en su mal”. Y frente a esta llamada-emboscada, Lacan, recordando a Freud, advierte y alerta al analista para que no ceda al “contragolpe agresivo que implica la caridad, la filantropía” pasiones a las que no debe sucumbir.

Si en una primera lectura este “ideal de impasibilidad” nos puede evocar las críticas de Lacan en su Seminario *La Transferencia* sobre la tan mentada “neutralidad del analista”, volviendo al texto y tratando de desentrañarlo se descubre otra lectura. Jacques Lacan alerta a los psicoanalistas de su error al considerar que la despersonalización, el despojamiento de los gustos, sirven para evitar la agresividad del paciente. La “apatía” que el analista ha realizado sobre sí mismo para poder escuchar al analizante le sirve para que, frente a la “reivindicación orgullosa del sufrimiento” que le dirige el paciente, no responda con la pasión caritativa y filantrópica que, como dijimos antes, lleva la marca de la agresividad.

Es quizá este nuevo matiz en la lectura de la tesis III lo que permite entender la recomendación de poner en juego la agresividad del analizante hacia nosotros porque esto es la transferencia negativa, drama inaugural de la experiencia analítica. ¿Y por qué inaugural? Es inaugural porque basta con que el paciente despliegue sus ocurrencias para que inevitablemente lo imaginario se haga presente. Se nos exhorta a convocar la agresividad y, a la vez, Lacan nos muestra el error que supone que cuando el analizante calla, se le pida que diga los pensamientos que tiene sobre nosotros, en los que siempre encontraremos comentarios no muy gratos. Si decíamos en el párrafo anterior que había que poner en juego la agresividad del analizante hacia nosotros ¿Por qué esta intervención del analizante hacia nosotros es equivocada? ¿qué posible tratamiento se puede dar a

la intención agresiva? ¿qué orientaría nuestra intervención? Es evidente que la idea de hacer confesar al paciente las ideas sobre nosotros sólo sirve para conseguir que la persona del analista se convierta en el aliado perfecto del yo del paciente. Si en la intención agresiva participa el yo, si el paciente trata siempre de mantenerse unificado, entero, si el yo es una función de puro desconocimiento, ¿cómo lograr que el yo no comande la experiencia analítica?; ya que si ello ocurre no permite que comparezca el sujeto del inconsciente.

Si no se trata de evitar la agresividad, pues es inevitable, lo que sí es factible evitar es que la intención agresiva encuentre apoyo en una idea actual y elaborada de la persona del analista, que haga aparecer del lado del analizante lo que caracteriza a la instancia del yo, la oposición, la denegación, la mentira, la ostentación, etc.

En este sentido Lacan aporta dos ejemplos extremos: por un lado, el analista que, olvidándose de que no debe dar definiciones ni datos personales, hace ostentación de sus virtudes y méritos, imbuido de su valor apostólico, provocando un furor desmedido, y por otro, el analista que lleva al extremo el ofrecerse al sujeto como espejo puro, como una superficie sin accidentes, y haciendo así que la experiencia se viva con la extrañeza propia de las aprehensiones del doble, lo que desencadenaría una angustia incontrolable.

Queríamos pedir a Jacques-Alain Miller que nos aporte su reflexión sobre estas afirmaciones de Jacques Lacan de la primera época de su enseñanza y sobre todo en lo que concierne a esta pregunta: ¿cuál es la posición que conviene al analista para abordar la transferencia negativa?

Ha sido deliberado abordar el tema tan puntualmente, sabiendo que Jacques-Alain Miller durante todos estos años de Seminarios dictados en París y en otros lugares del mundo, es quien hace entrar en diálogo a Lacan con Lacan mismo.

QUID PRO QUO

Jacques-Alain Miller: Es muy oportuna esta caracterización que nos va a permitir entrar en diálogo nuevamente. Agradezco la puntualización que ha elegido sobre esta tesis número III de “La agresividad en psicoanálisis”, aunque, a decir verdad, en esas páginas sólo figura una vez la palabra “transferencia negativa”. Es el momento en el que Lacan trata de dar algunos consejos técnicos respecto a la transferencia negativa. Siempre he tenido el sentimiento, al leer este texto, que Lacan no estaba del todo conforme con el título “La agresividad en psicoanálisis”, que en realidad era un título debido a un Congreso. Me parece que se pueden detectar trazas, huellas, de un cierto forzamiento por parte de Lacan para entrar en el tema. Es un hecho que a partir de la segunda mitad de los años veinte y hasta después de la segunda Guerra Mundial, se hablaba mucho de la agresividad. ¿Por qué se hablaba tanto de la agresividad? Se vivía en una atmósfera de guerra. Hubo un Hitler, un Mussolini... Lacan escribe este texto en 1948, en un momento en que la agresividad era un tema candente.

Pero lo llamativo es que los analistas de entonces no daban crédito a la noción freudiana de pulsión de muerte, siendo que se trataba de una noción desarrollada por el inventor mismo del psicoanálisis. Hay que ver el problema que puede tener una comunidad cuando su creador propone una noción que no encaja en las categorías del pensamiento al uso. Parece una noción sobre lo biológico y, sin embargo, la biología no conoce nada de este instinto de muerte. Al introducir esta noción de pulsión de muerte Freud desmiente muchas de sus propias construcciones, que ya habían sido enseñadas a sus discípulos. Es decir, que una vez que la cosa ha sido enseñada, él cambia la perspec-

tiva. También puede haber un deseo de muerte muy fuerte en una comunidad, lo cual se ha visto también con Lacan; como si la gente no quisiera ver cambiar lo que tan difícilmente se había conquistado.

Creo que ante la dificultad conceptual que entraña la pulsión de muerte, la manera de traducirlo al entendimiento común ha sido transmutarlo en agresividad. Esta es la traducción del concepto freudiano de instinto de muerte por parte de la *Ego Psychology*. Quizás habría que hacer un estudio histórico para ver quién ha introducido ese “*quid pro quo*”, el abandonar la noción de pulsión de muerte para adoptar la perspectiva de la agresividad.

Lacan inventó una manera de captar la pulsión de muerte a partir de la cadena significante, que le da un sentido. Pero esto no fue así desde el comienzo. Al principio Lacan fue tomado por la opinión general de que era muy difícil dar una ubicación a esta noción tan paradójica y este texto nos ofrece una posibilidad de pensar mejor la agresividad. Los otros proponen la agresividad para sustituir al instinto de muerte y Lacan propone la solución de pensar la agresividad a partir del estadio del espejo, que es el verdadero resorte para dar cuenta de la agresividad.

AGRESIÓN Y AGRESIVIDAD

Para ubicar el problema Lacan indica primeramente que no hay que confundir agresión y agresividad, porque la agresión es cosa de la realidad. Afortunadamente la agresión ocurre pocas veces en la experiencia analítica. Hay una leyenda que dice que Lacan pegaba a los pacientes, eso apasiona mucho a todo el mundo. Es verdad que a veces hay

elementos de violencia, a veces hay que hacer entender a un sujeto que no puede quedarse mucho más en el consultorio después de dar por terminada la sesión, y a veces se puede salvar un análisis si se sabe tomar a la persona por el brazo y se la conduce a la puerta sin violencia, sin golpes, pero con seguridad, evocando un “es así” no agresivo, que se trata de un límite necesario que hay que tratar de encarnar de manera despersonalizada.

Aunque no se escucha mucho hablar de eso, hay algunos casos de actos violentos por parte del paciente. Hay dos pacientes mujeres que me han roto algún objeto en el consultorio. En un caso una de ellas hizo un gesto desmedido y volteó una estatua. Como soy prudente en realidad se trataba de una copia, y le dije que me iba a comprar nuevamente la estatua. En otro caso hubo un ataque de rabia en la paciente por un error mío, eran mis primeros tiempos. Se trataba de un caso de anorexia y la paciente hacía de todo para demostrarme que estaba en el límite. Entonces logró sacarme lo que yo no quería decir y le dije que no estaría mal comer un poquito. En ese momento rompió algo—eso sí que no era una copia— y luego me lo reembolsó. Es un episodio que no olvido porque me hizo aprender. Yo dije lo que no debía decir porque las cosas habían llegado a un extremo peligroso para la paciente. Sin duda esto se puede ubicar en la rúbrica de la contratransferencia. Los fenómenos contratransferenciales ocurren cuando el analista se deja tomar por el sujeto del inconsciente, y es evidente que el analista también es sujeto del inconsciente, pero lo que se cuestiona es que utilice este hecho de estar sometido al inconsciente como instrumento de su práctica.

La contratransferencia es una suerte de histerización metódica del analista que puede quizás ser útil a nuestros colegas que tienen una tendencia muy fuerte a la obsesivización, a una ritualización de la posición del ana-

lista. Sabemos que el analista de formación lacaniana no utiliza sus producciones, ni sus formaciones del inconsciente, como instrumento para la cura. El analista de formación lacaniana más bien se sitúa del lado de un cierre metódico del inconsciente, lo cual será teorizado por Lacan cuando formula la posición del analista en relación con el lugar del objeto pequeño “a”, lo cual lo separa radicalmente del funcionamiento del inconsciente.

Decíamos entonces que en la primera de las tesis de “La agresividad en psicoanálisis” Lacan afirma que no se trata de agresión sino de agresividad y que tampoco se trata de realidad sino de un sentido agresivo. Esto se llamará intención agresiva en la segunda tesis, una expresión que será insistentemente utilizada a lo largo el texto. Entonces no hay que confundir intención agresiva con agresión. Lacan reubica la agresividad del lado del discurso, del lado de lo que llama una intención agresiva que no es una agresión como hecho, no es tampoco el contenido de las palabras, es, diríamos, el deseo presente en las palabras, el deseo en tanto que deseo de muerte, deseo de dañar.

Mercedes de Francisco: Justamente, cuando usted evocaba el grafo y planteaba la resistencia en el punto del “A”, yo pensaba que esta intención de la que habla Lacan en el texto es, por así decir, el empuje que implica el segundo piso del grafo, y que lo que plantea como problema es cómo tiene que hacer el analista para no obstaculizarlo. Creo que a este texto lo recorre una sospecha de Lacan con respecto a los propios analistas y por eso aclaré que era un informe teórico presentado en un Congreso de psicoanalistas en esa época. Con respecto a la cuestión de que la resistencia es siempre del analista, creo que está planteado en este sentido, que en el punto donde aparece la cuestión de la agresividad, el analista tiene que sospechar de su intervención, no de esa intención que es inaugural y que es algo donde

se manifiesta la insistencia del deseo.

LO INAUGURAL DE LA EXPERIENCIA

Jacques-Alain Miller: En este texto Lacan piensa la pulsión de muerte a partir de la agresividad, y no considera a la agresividad como una degradación del concepto freudiano de pulsión de muerte. ¿Por qué formula en la tesis III que la transferencia negativa es el drama inaugural de la experiencia analítica? Hay muchas maneras de entenderlo pero hay algo que subrayan tanto Reich como Lacan, y es esta fatalidad de la transferencia negativa inaugural. Quizás Lacan tome esto del mismo Reich, de su clásica afirmación de que el momento inaugural de la experiencia analítica es la transferencia negativa. ¿Cómo da cuenta de esto? Diciendo que en el inicio del análisis vuelve algo reprimido, una *imago* reprimida que imanta al analista, donde hay que suponer que esa *imago* reprimida lo ha sido porque portaba algo que despertaba la agresión del sujeto. De lo cual se podría deducir que la agresión es la represión fundamental del inconsciente.

La represión sería entonces como una agresión. Cuando el sujeto no puede soportar algo esencial, lo reprime, es decir que lo conserva pero también lo olvida. Y en el momento en que se inicia la experiencia analítica se reabren estas heridas y se reactualizan las *imago*s amenazantes que a partir de entonces se colocan sobre el analista. Lacan lo dice así: “este fenómeno representa en el paciente la transferencia imaginaria sobre nuestra persona de una de las *imago*s, más o menos arcaicas, que por un efecto de subducción simbólica degrada, deriva o inhibe

el ciclo de tal conducta que por un accidente la represión ha excluido del control del yo tal función y tal segmento corporal” (p. 100).

Esta es una vieja teoría de Lacan que ya se encuentra en su tesis de psiquiatría sobre el caso Aimée. Si el ciclo amoroso fuera instintual veríamos que primero se desea y luego se va al objeto a obtener la satisfacción de la función genital. El análisis nos permite observar que hay cosas que interrumpen el supuesto ciclo instintual completo: deseo, objeto, satisfacción, y lo mismo un poco más tarde. Lacan dice que lo que interrumpe el ciclo instintual es algo reprimido que se conserva de manera simbólica y que degrada, inhibe o deriva el ciclo instintual, ésta sería una manera de entenderlo. Luego añade: “puede verse que el más azaroso pretexto basta para provocar la intención agresiva que reactualiza la *imago* que ha seguido siendo permanente en el plano que llamamos el inconsciente del sujeto”. Es como si el retorno de lo reprimido como tal se tradujera por un deseo de muerte hacia el analista.

Es una tesis interesante, que el levantamiento de la represión siempre se paga con una intención agresiva, con una transferencia negativa sobre el analista. Es una tesis que se puede evaluar más allá del contexto teórico que Lacan presenta aquí. Lo que no funciona aquí es este concepto de *imago* arcaica que Lacan finalmente descarta. Porque todo el problema de los textos de Lacan correspondientes a este período es que trata de hacer soportar por lo imaginario funciones que son a la vez imaginarias y simbólicas. Luego se simplifican mucho las cosas cuando hace una neta distinción entre lo imaginario y lo simbólico.

LA TESIS A EVALUAR

La tesis que hay que evaluar es mucho más general. Suponemos que un sujeto va al análisis para levantar la represión, lo cual podría llevar a deducir que cuando este objetivo se consigue, que cuando se levanta la represión, se aplaude el resultado, pues se trata de una conquista —hay veces que eso se siente así. Pero hay otra manera de verlo y es la de plantear que, por el contrario, a cada levantamiento de la represión se produce una transferencia negativa. Esto es lo que hay que evaluar y sin duda se pueden construir dos teorías contrarias, si uno quiere. Se puede considerar que la producción analítica está en sintonía con la neurosis, Lacan mismo lo dice a veces, que la neurosis está estructurada como la experiencia analítica, que la neurosis es dirigirse al Otro, que el síntoma es un mensaje, que el síntoma está construido a partir de una estructura semejante a la experiencia analítica de manera que el síntoma mismo, por ser una formación del inconsciente, es una interpretación.

Observamos claramente que el neurótico encaja muy bien en el psicoanálisis. Hay sujetos que finalmente encuentran el lugar que han esperado siempre, lo que nos ilustra sobre la armonía entre la neurosis y el psicoanálisis. Recordemos la forma en que Freud se dirige al pequeño Hans cuando le dice que lo esperaba desde siempre. Nosotros podríamos decir que desde siempre el destino había preparado al analista para acoger a las histéricas y a los obsesivos. Pero también se puede tomar la perspectiva contraria, es decir considerar que la operación analítica, la teoría analítica, es antinómica de la neurosis. Porque la neurosis es represión y alguien va al análisis cuando los beneficios no son suficientes en comparación con el sufrimiento. Lo cierto es que

la operación analítica va en contra de la fuerza de la represión y de eso, de alguna manera, se culpa al analista.

Cuando Lacan se pregunta en el *Seminario XI* por qué algunos analizantes se han vuelto rabiosos contra él, su hipótesis es que ese es el precio que uno debe pagar por haber sido el agente del levantamiento de las represiones, por haber levantado los velos que protegen al sujeto de lo horrible. Hay algo de eso también en los finales de análisis, donde se dejan al analista todos los desechos, las identificaciones rotas, los viejos objetos de amor, en última instancia la basura. Y todo eso se queda finalmente con el que se ha comido esa basura y que por eso no tiene el mismo brillo que al principio. La paradoja interna del análisis es que por un lado se desea el análisis, pero a la vez hay una fuerza que amortigua la intensidad del proceso analítico, porque levantar las represiones se vuelve insostenible.

En 1948, cuando Lacan escribe “La agresividad en psicoanálisis”, es una época en la que todo el mundo está aterrizado, y aunque Hitler ya no está en Europa, ya existe la bomba atómica, y además todo el mundo tiene miedo de Stalin. Se temía que los Estados Unidos hicieran una operación similar a Hiroshima para proteger a Europa occidental. Es decir que la cuestión de la agresividad era algo de máxima actualidad en Francia. Y para resolver este problema de gran actualidad en el momento, Lacan propone su estadio del espejo. Afirma entonces que hay una agresividad constitutiva del yo humano, precisamente porque éste se constituye en una tensión entre la atracción a su propia imagen especular, que a la vez le es ajena, y una tensión agresiva. En la atracción se experimenta algo así como “yo soy esa imagen”, y la intención agresiva podría sintetizarse con la expresión “la imagen del otro toma mi propio lugar”.

LA VEDETTE Y LA AMEBA

Lacan explica esto diciendo que el yo tiene una estructura paranoica, pero fuerza aún más su tesis diciendo que toda personalidad es paranoica, que en sí misma la personalidad es paranoica. Habrán observado que el paranoico siempre es un poco una vedette, porque moviliza la atención de su entorno, y si la cosa empeora puede llegar hasta movilizar algunos dioses o personajes fantásticos. Un paranoico es un VIP (*Very Important Person*), esa es una cifra de su personalidad.

Lacan introduce el concepto de pulsión de muerte en la estructura del yo y sin embargo no se priva de decir que la paranoia es la cosa más útil de la vida humana, lo más importante para su desarrollo, porque si no tuviéramos algo de paranoicos no tendríamos yo y nos encontraríamos un poco como la ameba. No creo que la ameba esté muy segura de ser ella misma respecto de otra ameba y parece difícil concebir que haya conflictos y ambiciones entre las amebas. Ellas no se equivocan nunca porque tienen una relación directa con lo real y, como no se equivocan nunca, no pueden escribir ni leer novelas. Aunque se comuniquen cosas, seguramente esta comunicación excluye la mentira. Quizás la humanidad haya empezado así, con la primera mentira de una ameba. Se me ocurre que éste podría ser el tema de un cuento fantástico, cómo se le ocurrió mentir a una ameba para ser una ameba distinta, una ameba *vedette*. Hay teorías muy interesantes sobre el mundo de la mosca. Lacan citaba al etólogo von Vexküll que es alguien que ha investigado el mundo de la mosca, cómo vive, cómo vuelve a los mismos lugares etc.

Lo fuerte del planteamiento de Lacan es que el fundamento del conocimiento humano es la paranoia. Conocimien-

to que busca establecer constancias de manera mucho más amplia, más diversa y compleja que la mosca. Ubicar las identidades y dar consistencia y densidad a los objetos del mundo, es algo que pertenece a la paranoia.

Creo que es en la tesis siguiente donde considera que los objetos no son otra cosa que atributos de permanencia, de identidad y de sustancialidad. En el mundo de los animales no encontramos realmente objetos permanentes, encontramos gestalten, encontramos imágenes más o menos fijadas, pero en el mundo humano, lo que da permanencia y sustancialidad es un funcionamiento que proviene de la paranoia, porque ésta constituye al objeto como perseguidor. Esta tesis puede parecer un poco excesiva, porque nos podría conducir a que finalmente la transferencia negativa está en el origen mismo del conocimiento.

¿Cómo se establece el conocimiento? El conocimiento se establece respecto de un mundo rechazado, razón por la cual esta tesis anticipa ya la cuestión del odio, que es la pasión más lúcida. Será por la desconfianza al mundo que vale la pena conocerlo, y no solamente, como dice Descartes, para tratar de ser amos de la naturaleza, porque a la vez la naturaleza nos amenaza, es decir que la especie humana tiene un motivo para el conocimiento por esta relación paranoica de desconfianza hacia el mundo. Pienso que en esta época que nos toca vivir esto es aún más evidente, porque la naturaleza es también el resultado de lo que hemos hecho con ella. La naturaleza nos amenaza y lo que hemos hecho con ella también nos amenaza. Ahora parece que la conciencia colectiva se está despertando y busca la manera de curar los desastres que hemos producido en el planeta, aunque por otro lado eso no impide que se continúen produciendo desastres. ¿Y en la política? ¿será que el motivo más poderoso de la política es la transferencia negativa? Si exageramos las cosas podríamos hasta proponer una

teoría un poco delirante de que la llave del universo y el motor de la historia humana es la transferencia negativa, o que seguramente Dios tiene con nosotros una transferencia negativa, porque sino no nos hubiera puesto en este mundo de mierda.

Lacan utiliza en este texto un concepto amplio sobre la paranoia, en el sentido en que llama paranoia a todo lo que estiliza las imágenes, al poder mismo del significante. El conocimiento paranoico, en los años cuarenta, ha sido para Lacan la manera de suplementar lo que no tenía la estructura del lenguaje, para entender como se distribuyen los lugares y como se produce la fijación normal de los objetos en nuestro mundo.

CLÍNICA DE LA PARANOIA

Hay una cosa muy divertida en este texto que no ha sido muy explotada hasta ahora, que va más allá de la cuestión sobre la transferencia negativa, y es la elocuencia con la cual Lacan describe los distintos delirios paranoicos, las diversas emociones negativas, los síntomas paranoicos, etc. Porque, a partir de las tesis, se pueden poner en paralelo las distintas reacciones agresivas que hay en los delirios sintomáticos de la paranoia.

Entonces, distingue diez formas delirantes diferentes, de manera que toda la fenomenología de la paranoia y de la posición paranoide está presente allí, por eso se trata en definitiva de un resumen extraordinario y bastante divertido de la clínica de la paranoia. ¿Cuales son las motivaciones delirantes de los paranoicos? La motivación primaria es el veneno, el tema delirante del veneno. Dice Lacan: “la

motivación mágica del maleficio, telepática de influencia, lesional de la intrusión física, abusiva del desarme de la intención, desposeída del robo del secreto, profanatoria de la violación de la intimidad, jurídica del perjuicio, persecutoria del espionaje, de la intimidación prestigiosa, de la difamación y del ataque al honor, reivindicadora del daño y la explotación” (p. 103). Observen como en un solo párrafo tenemos todos los matices de la clínica de la paranoia y con un excelente “bien decir” psiquiátrico, cada una tiene la palabra justa, es casi un resumen de un siglo y medio de psiquiatría occidental.

Lucía D'Angelo: Pienso que el *summum* de esta construcción alrededor de la paranoia es lo que Lacan define en esa época, es decir el análisis mismo como una paranoia dirigida. Eso es el colofón de toda esta construcción.

Jacques-Alain Miller: Hay que decir que en Melanie Klein esto se encuentra casi de la misma forma. Lacan hace una reformulación de Melanie Klein, y por eso ha sido, en cierto modo, un neokleiniano francés. Cuando Melanie Klein hace la lista de sus simpatizantes en su correspondencia epistolar menciona la existencia de un tal Lacan, al que elogia. Todo este texto de “La agresividad en psicoanálisis” está infiltrado por una reflexión sobre Melanie Klein, y lo cierto es que hay muchos elementos en Lacan en esta época que son de filiación kleiniana.

Mercedes me ha preguntado sobre cuál sería la posición que conviene al analista para abordar la transferencia negativa. Pienso que cuando se desencadena la transferencia negativa, uno no puede dejar de preguntarse si ha cometido un error, lo cual no quiere decir que uno sea el amo de todo lo que sucede en el análisis, porque en rigor uno es servidor de un dispositivo y no debe inflarse tanto como para pensar que siempre es responsable de todo lo que ocurre en ese dispositivo. Si se tiene en cuenta esta salvedad,

creo que hay que preguntarse si hubo algún error en juego o que tipo de responsabilidad puede haber al analista en el asunto.

INTERRUPCIONES DEL ANÁLISIS

Lo cierto es que Lacan se pregunta, sobre todo a partir de la práctica de Freud, si la transferencia negativa no sería la respuesta del analizante a un error del analista en la dirección de la cura. Cuando Lacan se refiere a su transferencia negativa con Freud —de eso nos va a hablar Vilma Cocoz— se puede decir que ésta estaba presente desde el inicio bajo la forma de una exigencia. Desde “Función y campo de la palabra y el lenguaje...” Lacan menciona los errores de Freud en su práctica, y que el mismo Freud señala. Hay una serie de ejemplos relatados por el propio Freud en los que la transferencia negativa pudo ocasionar la ruptura del vínculo analítico: Elizabeth Von R., Dora, la joven homosexual, son casos en los que Freud mismo reconoce haberse equivocado. Lacan disfruta un poco cuando recuerda estos errores de Freud y los interpreta desde su perspectiva para desentrañar el fenómeno y hacer avanzar la técnica analítica. Dirá, a propósito de Dora, que Freud se equivoca entre el Sr.K y la Sra.K, que Freud no entiende la identificación de Dora con el Sr.K en tanto éste se vincula con la Sra.K, que el interés de Dora era por la señora en su relación con el señor. Este error de Freud es el que despierta la transferencia negativa, precisamente en el momento en que Freud estaba muy contento de su obra y se lo comunica a Dora, a lo que Dora responde que todo esto no es mucho y se va. Misteriosamente vuelve quince meses

después para decirle una verdad “no me captarás más”. Aquí es patente la transferencia negativa como motor de la interrupción de la cura.

Creo que puede ser ilustrativo investigar la transferencia negativa en las interrupciones del análisis, porque a veces éstas se apoyan en motivos materiales, coyunturales, etc., pero estos motivos pueden encubrir una transferencia negativa silenciosa que hay que poder descifrar. Vicente Palomera en su ponencia plantea que la respuesta al error del analista puede ser la transferencia negativa o el *acting-out*. Le doy la palabra ahora.

Vicente Palomera: Yo planteo las dos vertientes. Usted ha resumido muy bien esta mañana estas dos vertientes, digamos: la vertiente del afecto y la vertiente del cierre de la relación al inconsciente. En estos casos de interrupción del análisis por transferencia negativa se pone en primer plano la hostilidad.

Jacques-Alain Miller: Efectivamente se puede considerar que la cristalización última de la transferencia negativa sea el *acting-out* de la interrupción de la cura.

Vicente Palomera: Además de la transferencia negativa y el *acting-out*, habría que agregar en la lista la reacción terapéutica negativa, como hace Freud.

Jacques-Alain Miller: Finalmente, todo lo negativo se reduce a ser lo que perturba el trabajo analítico, como recordaba Dessal. Hay una suerte de realismo freudiano al plantear las cosas en términos de lo que favorece o entorpece el trabajo analítico.

Gustavo Dessal: Se podía hacer la distinción entre lo que favorece el desciframiento del inconsciente y lo que favorece o no el desarrollo de la cura, porque no es exactamente lo mismo. Esto supondría recobrar la distinción que hace Freud de que la transferencia, incluso la transferencia negativa, puede ser obstáculo pero también motor de la cura.

En ese sentido el cierre del inconsciente no es necesariamente obstáculo a la cura, también puede ser motor.

Jacques-Alain Miller: Efectivamente, también el desciframiento del inconsciente puede obstaculizar el desarrollo de la cura, por ejemplo cuando el sujeto viene con un montón de sueños y esto lo propulsa a una suerte de remisión infinita de significaciones posibles, esto también puede obstaculizar. Quizás el encanto de la teoría analítica es que realmente nunca logramos afirmar del todo una proposición universal. Cuando Lacan dice de la transferencia negativa que es el drama inaugural de la experiencia analítica, esta proposición no pretende ser lógica, sino más bien retórica, es más bien como una flor de retórica, y esto es precisamente porque se nos escapa la posibilidad de afirmar algo universal.

Pongamos un ejemplo, el de un sujeto que suponga que a su analista le guste descifrar y no haga otra cosa que ofrecer permanentemente un material para el desciframiento y que esto puede estar al servicio de escapar de una verdad horrible que está situada al lado de este laberinto. Nosotros podemos asumir este funcionamiento laberíntico a condición de orientarnos en el mapa con los pequeños matemas de Lacan. Hay gente que odia los matemas, que reclama la libre expresividad; ese no es mi punto de vista. Por el contrario, pienso que hay que agradecer esos pequeños instrumentos que nos permiten orientarnos en el laberinto, aunque por supuesto, no los podemos hacer funcionar de manera ciega, pero desde luego son la mejor brújula para nosotros. Los esquemas de Lacan son enormemente robustos, a pesar de su aparente simplicidad, porque nos permiten producir muchas construcciones. No son esquemas limitados o dogmáticos y están tan bien contruidos que tienen una enorme flexibilidad para tomar diversas significaciones.

Ahora vamos a escuchar a Vilma Cocoz, que se va a referir a un período muy posterior de Lacan.

LA TRANSFERENCIA NEGATIVA EN RELACIÓN AL SABER SUPUESTO

Vilma Cocoz: En los “Escritos técnicos”, Freud distingue una transferencia positiva de sentimientos cariñosos y una negativa de sentimientos hostiles. En un primer momento asimila la transferencia negativa a la resistencia y en este sentido dirá que allí donde se ha hecho esencialmente negativa, en la psicosis, cesa toda posibilidad de influjo y curación por la transferencia. En las formas curables de psiconeurosis coexisten ambos tipos de transferencia bajo la forma de ambivalencia y aún, precisa, es frecuente que en los pacientes masculinos se destaque esta expresión de la transferencia denominada hostil o negativa. El carácter inevitable de este fenómeno y su importancia para la solución de la neurosis le llevará a afirmar que los efectos del análisis están supeditados al trabajo de elaboración en el “doloroso camino de la transferencia”. Sin embargo Freud se manifiesta tajantemente en contra de la posibilidad sugerida por Ferenczi de provocar, mediante una intervención del analista, la emergencia de la transferencia negativa.

Jacques Lacan dedujo la estructura de la transferencia —distinguir de los efectos transferenciales—, al discernir la dimensión simbólica e imaginaria en el acto de palabra dirigido al analista. Así, la transferencia negativa puede ser un momento de la resistencia concebida ésta como lo imposible de decir, o, también puede ser un efecto de la resistencia del analista motivado por una intervención incorrec-

ta como la que Freud despierta en Dora. En ese caso la transferencia negativa sería positiva en el analizante en el sentido del deseo de mantener su deseo.

Con el postulado de la transferencia simbólica como Sujeto supuesto Saber, varias veces indicada por Lacan como equivalente a la transferencia positiva, se abre la pregunta de cómo entender la transferencia negativa desde esta perspectiva. En el *Seminario XI* Lacan es muy irónico respecto a las consideraciones hechas por los post-freudianos en relación con ambos tipos de transferencia, positiva y negativa. Con esta última, dice, se es más bien temperado y nunca se la identifica con el odio, sino que se habla de “ambivalencia”, término bastardo, dirá más adelante. En el capítulo “En tí más que tú” afirma que el trabajo del decir del sujeto en el análisis orienta sus palabras hacia la resistencia de transferencia, hacia el engaño, engaño tanto de amor como de agresión.

La expresión “porque amo en tí algo más que tú, te mutilo”, parece sugerir que la posibilidad de resolución de la dimensión de engaño de ambos tipos de transferencia está dada por el atravesamiento del fantasma que sostiene la transferencia, al desprenderse la función del objeto “a” en el agalma transferencial. ¿Se trataría de un viraje ineludible del amor a la agresión, de la transferencia positiva a la negativa? En un nivel subterráneo reaparece la dificultad presente en el texto de Freud respecto a lo que es de orden pulsional y lo que pertenece al registro del amor y el odio.

En “Las pulsiones y sus destinos” el par amor-odio es separado de las pulsiones sexuales y colocado del lado de las pulsiones de autoconservación en estrecha dependencia del principio del placer. Sin embargo, a partir de la última concepción de la dualidad pulsional, Freud ilustra la polaridad de pulsiones de vida y muerte con el par amor-odio. ¿Qué relación puede establecerse entre el odio, la agresión

y la pulsión de muerte? Freud nos deja en “El malestar en la cultura” en un callejón sin salida: si la agresión se introyecta, incrementa el sentimiento de culpabilidad originado en el superyó, pero si se actúa, erosiona el lazo con el Otro fundado en la necesidad de amor. “¡Cuán poderoso obstáculo cultural debe ser la agresividad si su rechazo puede hacernos tan infelices como su realización!”, escribe. Por otra parte, el carácter mortífero del amor no es menos señalado a partir del mandamiento de amar al prójimo como a sí mismo.

¿Hemos de concebir el amor y el odio como par antitético, en una especie de banda de Moebius como si fuera inevitable el paso de uno a otro, del derecho al revés? ¿Se trataría en el curso del análisis de algo similar a lo que ocurre en la conformación del Edipo en la niña, donde Freud dice que se opera un “cambio de sentimientos” respecto del Otro materno ante la imposibilidad de satisfacción de la demanda?

En el *Seminario Aún* aparecen nuevas luces y nuevas sombras. En el capítulo “El saber y la verdad” surge algo radicalmente nuevo en la elaboración de Lacan, enunciado como una pregunta que transita el texto: “si tenemos que retomar hoy la función del saber, ¿no será porque, en él, no se ha puesto al odio en su lugar?” (p. 110). A raíz de postular el inconsciente como un saber enigmático que se lee en la operación analítica, adquiere relevancia la articulación del amor y el odio con el saber y con la lectura. Esto ha sido destacado por Jacques-Alain Miller en el establecimiento del texto al colocar como uno de los epígrafes del capítulo VI “leer-amar-odiar”. Lacan deduce el amor y el odio en la lectura realizada por los autores de *El título de la letra*. Nunca, dice, en lo que a leer respecta, fui mejor leído: con tanto amor, en un libro escrito con las peores intenciones. Si digo que me odian es porque me de-suponen el saber,

agrega. La desuposición de saber puede concebirse como la transferencia negativa si se vincula a su par dialéctico, la transferencia positiva como Sujeto supuesto Saber. ¿Podemos tomar esta ilustración derivada de la transferencia con un texto, o mejor dicho, con el autor de un texto para orientarnos en los distintos momentos de la transferencia en el curso de la experiencia analítica? Si es así, ¿cuál sería el punto de viraje? No es evidente que el odio sea equivalente a la transferencia negativa ni que el odio suponga siempre la desuposición de saber, como sugiere la afirmación de Lacan de que le odian bajo el pretexto de que le desuponen el saber.

Parece haber un sutil deslizamiento, no está muy claro si la lectura que Lacan elogia es efecto del amor o del odio. Parecería ser que Lacan lee los signos del odio en la mencionada lectura cuando afirma que sus lectores le suponen una ontología, o, lo que es lo mismo, dice, un sistema. Sin embargo, la desuposición de saber parece ser condición de una buena lectura. La transferencia negativa, si la traducimos como desuposición de saber puede tener este carácter fecundo.

En el curso del Seminario hay otras referencias al amor y al odio, en un sentido parece que el amor como pareja del odio se mantiene vigente, sobre todo con la invención del nuevo significante "odioamoramiento". Pero en otro nivel, cuando diferencia saber y ser dibuja una cierta disimetría entre amor y odio. El amor se dirige al saber, el odio en cambio, se dirige al ser.

Una segunda ilustración del odio aparece en relación con Dios, por un lado, en la relación de los judíos con Jahvé, quienes optaron, dice, por traicionarlo en lugar de serodiarlo, no tenían otra salida —agrega—, respecto a esta figura del Otro. Lacan retoma la afirmación de Empédocles de que Dios es más ignorante que los mortales porque no

conoce el odio, con lo que parece sugerir que el odio puede constituir una vía hacia el saber. El odio, dirá Lacan, es el único sentimiento lúcido. El odio puede ser una vía pero nada garantiza que dé paso al saber, "nada concentra más odio que ese decir donde se sitúa la existencia". Pero sabemos que, como Filoctetes, se puede "adherir encarnizadamente al odio hasta el final" (Seminario *La Ética del psicoanálisis*).

El elemento pulsional del amor es deducido de la función del semblante. El elemento pulsional del odio es indicado por Lacan al acuñar la expresión *jalouissance*, "gocenvidia" u "odio celoso" aunque lo considera una versión de "patas cortas" acerca de lo que es un odio consistente.

Como demostró Freud en "Duelo y melancolía", el odio determina el ataque al semblante. ¿Se podría pensar en una solución sublimada como efecto de la distinción de lo real y de lo imaginario, cuya conjunción da lugar al odio? ¿Puede el análisis ser concebido como una operación de lectura en el ejercicio de la cual llegue a discernirse que la suposición de ser que desencadena el odio es precisamente suposición, ficción, dimensión engañosa, atribución de ser a lo que es no es más que del orden del decir?

La equivocación del Sujeto supuesto Saber sería la vía fallida y por tanto lograda a esperar de la lectura del saber inconsciente por la cual puede alcanzarse un real. Al final del análisis, ¿se estaría a salvo del odio o sólo se aspiraría a bien-decirlo?

¿Cuál sería la perspectiva de la transferencia con el saber analítico supuesto en los "seres de saber" que son Freud y Lacan?

En este punto vale la pena retomar la proposición de Harold Bloom en su libro *El canon occidental*, cuando dice que una obra literaria lee de una manera errónea y creativa y por lo tanto malinterpreta un texto o textos precursoro-

res. A esta lectura opone aquellas otras derivadas de lo que denomina “Escuela del resentimiento” condicionada por la “angustia de las influencias”. La evocación de Jean Pierre Klotz de que, ante la pregunta formulada a Lacan de cuál era su relación con Freud, la respuesta fue “de transferencia negativa”, ¿podemos entenderla en este sentido, es decir, que el carácter “erróneo”, la “mala interpretación” del texto de Freud por parte de Lacan ha revelado la dimensión fecunda, creativa de la desuposición de saber?

ODIOAMORAMIENTO

Jacques-Alain Miller: La presentación de Vilma Cocoz ha articulado con mucha precisión varios de los puntos que hoy hemos tocado, vinculando al *Seminario XI*, donde la transferencia aparece como uno de los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, con el Seminario XX, *Aún*. Comenzaré con lo que usted menciona a propósito de lo que se traduce al castellano como “odioamoramiento”. Es un neologismo de Lacan que, después de haberla escuchado, me parece el contrapunto de la posición de Reich. Porque Reich piensa que la transferencia positiva de la cual desconfía siempre, es odio disfrazado de amor, por eso da como consejo técnico no dejarse engañar por la transferencia positiva y buscar el odio que está debajo.

Con la expresión “odioamoramiento” Lacan dice lo contrario, dice que no hay que dejarse engañar por la transferencia negativa, porque siempre hay allí un amor disfrazado de odio, y esa es la fuerza de la palabra transferencia. Porque transferencia significa que el Otro tiene algo que a uno le interesa y da igual qué es lo que sea lo que el Otro

tiene. Y por el hecho de que el Otro tiene lo que a uno le interesa, se pueden despertar en uno todos los sentimientos del mundo, se pueden despertar amor, envidia, “*jalouissance*”, envidia de goce, odio, deseos de robar, etc. Desde esta perspectiva la transferencia negativa sería una suerte de odio-amante, por eso la palabra de odio en algún contexto puede llegar a ser una declaración de amor.

Lacan se refiere a los dos autores del libro *El título de la letra* y dice que se interesan mucho, que toman un extremo cuidado en la lectura de los textos de Lacan, pero precisamente, para dañarlo, es decir que lo leen con tanto más cuidado en cuanto que quieren asestarle una puñalada. En ese sentido, en la historia del pensamiento se le debe mucho a la transferencia negativa, porque las polémicas pueden tener un valor enormemente fecundo, pueden hacer progresar el saber.

¿Qué sucede cuando se elogia extremadamente a un texto o a un autor? Que los elogios también pueden llegar a ser sospechosos. Pienso en el elogio de Fichte cuando va a ver a Kant y le dice que su vida ha cambiado totalmente desde que leyó *La crítica de la razón práctica*. Ahora no se lee esa carta con tanta emoción como entonces. Pensar la existencia de la libertad en un mundo que parecía condenado a un determinismo spinozista, era para Fichte la liberación del pensamiento. Por eso el texto de Kant le resulta liberador. Kant recibe a Fichte pero sospecha de ese entusiasmo. Fichte le envía su Doctrina de la ciencia y Kant no puede creer que ese tipo desvíe hasta tal punto el verdadero criticismo y la metafísica.

Finalmente, Fichte pasa a la historia como post-kantiano, como Schelling y Hegel, que terminan desesperando a Kant porque ve renacer con más fuerza la metafísica. Todo lo que Kant quería haber enterrado para siempre, Fichte lo hace renacer con los instrumentos mismos de Kant, conclu-

yendo en una metafísica de la identificación con el sentimiento divino. Es casi divertido.

VIGILANCIA

Se podría decir que toda la historia del pensamiento está atravesada por la transferencia negativa, y que la transferencia negativa es el verdadero odio disfrazado de amor.

En Lacan no se trata tanto del odio como de la vigilancia. Lacan vigila lo que Freud hace con los conceptos, con los pacientes. No confía en él de manera ciega, ni tampoco procede como los que sólo toman el vocabulario de Freud y dicen lo que les parece bajo el epígrafe "Freud lo ha dicho, es palabra de evangelio".

Esa exigencia hacia Freud se inscribe más del lado de la transferencia negativa que de la positiva, porque se trata de una transferencia negativa que favorece el desciframiento. La paradoja es que si bien la transferencia positiva es motor del desciframiento, a la vez enceguece, y si bien se puede hacer el elogio de la ceguera, como hace Borges, en el sentido en que el ciego puede ver cosas invisibles, la lucidez está más del lado del odio y de la transferencia negativa.

Lacan devela así la función operativa de la transferencia negativa, porque es con el no, con la agresividad, con el rechazo de la dependencia al Otro que se puede progresar. Pero, claro, eso hay que hacerlo de la buena manera, como lo ha hecho Lacan volviéndose compañero de Freud para seguirlo, no ciegamente, sino vigilando cada paso de Freud.

No estamos más allá del bien y del mal, pero sí estamos más allá del amor y del odio. Primero hay que ubicar quién

tiene el tesoro, el agalma —y en eso Freud ha puesto en el mundo una bomba atómica intelectual, que tiene la posibilidad de cambiar las categorías con las cuales se ha pensado al mundo, la ciencia, la filosofía— y entonces seguirlo, pero vigilando lo que hace con el hallazgo que ha encontrado. Eso es lo que hace Lacan con Freud, seguir sus pasos, sus contradicciones, sus inacabamientos, sus errores, para avanzar desde allí. Ese es el tipo de obra que ha realizado Lacan. También con él mismo ha hecho este mismo tipo de autoevaluación, y sin embargo, todo lo que ha corregido de Freud no le impide llamarse freudiano.

Jorge Alemán: Siempre he pensado que se debía distinguir el odio referido a la desuposición de saber, el odio lúcido, de la transferencia negativa como odio al ser. Este odio al ser es el que permite explicar fenómenos como el del racismo, el rechazo, la destrucción física del otro. Si hablamos de odio en la vertiente de la transferencia negativa, es porque se ha puesto en juego la inexistencia del Otro, mientras que cuando se trata del odio al ser, el Otro existe aún. La vertiente de la transferencia negativa como motor del pensamiento, pienso que más bien disfraza un amor correlativo a la inexistencia del Otro, un amor que se corresponde con esta inexistencia. Para Harold Bloom así surge la categoría del mal poeta, a diferencia del resentido. El que realiza la mala lectura no hace un gesto de rechazo, sino que la mala lectura es la que mejor se ha dejado atravesar por el texto original.

Jacques-Alain Miller: Hay que hacer una salvedad y es que no se puede decir que porque el odio es lo más lúcido hay que elegirlo sistemáticamente, esto sería un error. También existe el odio ciego, es decir que la lucidez no está siempre asegurada por el odio. No vamos a terminar haciendo un elogio del odio.

DESPRECIO

Pero más allá del odio también está la indiferencia que pone de manifiesto que el Otro no tiene ningún interés. Si hacemos una cierta lectura transversal del Seminario *Aún*, podemos pesquisar que Lacan también alude a ello. En un momento dado de este Seminario Lacan parece hacer una confesión personal, cuando dice que su pasión no es ni el amor ni el odio, sino el desprecio. El desprecio significa “tú no tienes nada que me interese, no quiero tomar nada de ti”, es decir que el desprecio es como un cierto olvido del Otro.

En la experiencia analítica se puede apreciar una diferencia: si el sujeto ubica o no el objeto en el Otro y, a partir de allí, si lo ama o lo odia. En el amor siempre habrá algo de querer conseguir ese objeto que detenta el Otro, y por eso se busca mutilarlo, pero en el odio no está menos presente la mutilación. Este mecanismo ¿es libidinal o es epistémico? La posición de Lacan al respecto —y que no podremos desarrollar hoy— es que lo libidinal está afectado por el saber.

En principio podríamos establecer una gran diferencia: de un lado el amor y el odio que alojan el *agalma* en el Otro y del otro lado el desprecio. No me parece excesivo hacer del desprecio una pasión del ser, porque aunque Lacan habla del amor, el odio y la ignorancia como pasiones del ser, en el *Seminario XX*, dice sostenerse en el desprecio. Conveniría entonces valorar el concepto de desprecio como diferente de la transferencia negativa, puesto que más bien se trata de ausencia de transferencia.

Yo he descubierto que tengo una transferencia negativa hacia la I.P.A., porque hay algo que me interesa de ellos. Quizás sea que ellos han resuelto algo que después de La-

can no resulta tan fácil de resolver. Entre nosotros la inestabilidad es mucho mayor, y cada tanto tenemos que volver a consolidar y reconstruir lo que tenemos. Tal vez haya un secreto en la I.P.A., que yo quiero captar. Ellos seleccionan obsesivos para convertirlos en notables y con eso están seguros de atravesar las generaciones, lo cual parece bastante difícil de garantizar entre los alumnos de Lacan.

Vilma Coccoz: El lacanismo, el Campo freudiano, otorga un lugar destacado a la transferencia negativa en cuanto a la doctrina, que, por lo que hemos podido ver hoy, está fundada en el trabajo de desuposición de saber de Freud. Esto es lo que me parece que no ocurre en la I.P.A.

Jacques-Alain Miller: Lo curioso es que a veces a ellos les parece que somos nosotros los freudianos ortodoxos y que ellos han ido más allá de Freud, sobre todo en la técnica. Me decía eso hace quince años en Nueva York el Presidente de la Asociación Americana, nunca lo olvido. La única vez que di una conferencia en la I.P.A. Arnold Cooper me dijo: “Pero señor Miller ¿Usted piensa que Freud nunca se ha equivocado?”.

Nosotros hemos ido más allá de Freud, hemos trabajado mucho. Esto lo mencioné en su tiempo, porque respondía casi a una visión americana de las cosas, es decir que la historia pasa, que hay progreso, o más bien una cierta democracia del progreso. Lo que no olvido es lo que se me dijo en esa conferencia. “Lacan olvida el afecto y éste es el *“fifty per cent of analitic experience”*, el cincuenta por ciento de la experiencia analítica. Supongo que había leído un poco a Klein y André Green y eso les debía dar esa idea. Pero yo le guardo cariño porque nunca he logrado olvidar este *“fifty per cent...”*, es decir la idea de dar una cifra para esta cuestión. Evidentemente tengo una transferencia negativa con estos tipos porque nunca he podido olvidar sus frases.

Esto nos lleva a lo que decía Dolores Castrillo, que la des-

confianza finalmente no impide el establecimiento de la transferencia y el tratamiento. Se dice que hay que merecer la confianza, sí, pero también hay que merecer la desconfianza. Lo cierto es que, desde luego, para desconfiar de alguien hay que esperar algo de él. También la esperanza puede ser decepcionante, lo que se podría formular así: “usted no puede hacer nada por mí” —eso dice el sujeto decepcionado. El analista no puede hacer nada respecto de la realidad del paciente, lo que puede es permitir la resignificación del destino de su vida, puede incluso colaborar a la destrucción misma de la idea de destino, pero no puede hacer nada por la realidad del sujeto, al menos, no mucho.

SUJETO-SUPUESTO-SABER

*A*bría que ver también —aunque no lo vamos a hacer ahora— como sitúa Lacan la transferencia en el *Seminario XI*. Si se quiere éste es el capítulo más inacabado de este Seminario. Cuando aborda el inconsciente es absolutamente brillante, aunque se corrige a sí mismo puesto que plantea que el inconsciente no es tanto la estructura del lenguaje, sino el corte. En el capítulo de la repetición dirá que es un fracaso, que la repetición implica un encuentro fallido, es decir que se repite porque nunca se encuentra lo que se buscaba. Sobre la pulsión retoma el texto de Freud y construye la diferencia entre *aim* y *goal*.

En cambio, su elaboración de la transferencia en este Seminario no parece tan memorable, aunque es verdad que allí introduce el Sujeto-supuesto-Saber. De la transferencia dirá que “es la puesta en acto de la realidad sexual del

inconsciente”. ¿Qué está buscando Lacan? Hay tres capítulos sobre la transferencia, después pasa a la pulsión, pero luego vuelve sobre la transferencia. Recuerdo que fue difícil elegir los títulos de los capítulos porque se me escapaba un poco su modo de desplegar el problema.

Hay una dificultad en el *Seminario XI* que luego pasa de forma larvada a su proposición del pase —voy a mencionarlo sin hacer ningún desarrollo. Lo que Lacan no ha abandonado desde su investigación del *Seminario XI* y su proposición del pase es la transferencia pensada a partir del Sujeto-supuesto-Saber. Esto es algo muy importante sobre lo cual he insistido mucho, porque es lo que nos da la estructura simbólica de la transferencia.

Esta expresión de Sujeto-supuesto-Saber es magnífica porque, siendo compleja, a la vez todo el mundo la entiende, de manera que no parece requerirse ningún conocimiento teórico especial para entender el Sujeto-supuesto-Saber. Es una expresión que bien podría salir en los periódicos. Pero, en el momento en que Lacan formula esta expresión, dice a su vez como contrapunto “realidad sexual del inconsciente”, porque quiere recuperar lo libidinal de la transferencia. Cuando dice “es la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente” parecería desmentir en parte lo que había elaborado hasta entonces sobre el estatuto simbólico en la transferencia. Creo que su esfuerzo es articular los dos aspectos, que la transferencia está fundada sobre una articulación de saber, siendo la articulación misma del sujeto con el saber, pero que todo eso no funciona si no se vincula con la realidad sexual del inconsciente. Creo que se ha destacado más el Sujeto-supuesto-Saber en su elaboración, cuando lo que él quería acentuar es que la transferencia se concentra más en el momento en que se borra el Sujeto-supuesto-Saber.

CERTEZA

Les recuerdo lo que dice Lacan en el comienzo de este Seminario. Dice que la transferencia es la búsqueda de una certeza y que da acceso a la posición primaria del inconsciente que implica la indeterminación del sujeto ¿Por qué dice que la transferencia es búsqueda de una certeza? Esto lleva a pensar que él tenía un mapa de la cosa bien armado, pero que no lo proporciona en el transcurso del Seminario.

Hay que pensar que en lo simbólico, en el orden significante, nunca encontramos la certeza. Hay certeza en lo científico, pero en la asociación libre, que incluye la interrupción de la interpretación, no hay certeza sino que, por el contrario, eso se puede entender de una manera o de otra. La retórica siempre implica la indeterminación, la retórica significa que cada cosa tiene por lo menos dos aspectos. Así se definía la retórica en la antigüedad. Existe siempre el pro y el contra. No es posible entonces sostener una certeza desde el significante, el significante puede llegar a ser tonto, dirá Lacan. El significante es mentiroso, es equívoco, se desliza, por eso uno no puede afirmar su seguridad en el significante.

El inconsciente se encarga de desplegar eso, precisamente porque habla de cosas que se pueden interpretar de diversas maneras, sin que haya certidumbre. El Sujeto-supuesto-Saber no proporciona ninguna certidumbre y por eso justamente se habla de suposición. Y si también hablamos de confianza es porque ésta es lo contrario de la certidumbre, decimos que se otorga la confianza cuando no hay seguridad ni garantía. Entonces la búsqueda de una certidumbre en la transferencia, planteada por Lacan en el comienzo de este Seminario, señala el hecho de que la trans-

ferencia como amor, como deseo, como erótica, es la búsqueda de una certeza fuera del significante. Es decir que cuanto más se desliza la experiencia analítica en la incertidumbre, en la indeterminación que proviene del significante, tanto más se intensifica la búsqueda de una certeza erótica, donde el amor y la realidad sexual parecen situarse por fuera de los equívocos del significante.

La tesis del Sujeto-supuesto-Saber se apoya en el registro significante, pero llama a su correlato no significante, el objeto "a", la relación con el resto corporal que no se puede eliminar. Por eso no puede haber análisis por correspondencia o por teléfono, porque eso sería situar al sujeto sólo del lado del Sujeto-supuesto-Saber, del lado de los equívocos del significante. Sería un análisis sin el correlato esencial de la realidad sexual. El resto corporal que se manifiesta a través de la presencia es imprescindible para la instauración del proceso analítico.

EL REFERENTE LATENTE

Quizás la popularidad de la tesis lacaniana del Sujeto-supuesto-Saber como pivote de la transferencia ha hecho olvidar que lo que gobierna secretamente en el análisis es el objeto pequeño "a". Para simplificarlo digamos que está la transferencia del lado de la alienación que se denomina Sujeto-supuesto-Saber, pero está también la transferencia del lado de la separación, del lado del objeto "a". Estoy recordando estos dos conceptos que Lacan introduce en este *Seminario XI* que son la alienación y la separación.

Pienso que la tentativa de este Seminario era la de construir esta doble vertiente de la transferencia: la transfe-

cia de alienación y la transferencia de separación, el Sujeto-supuesto-Saber y el objeto "a" que manifiesta la realidad sexual del inconsciente.

En la Proposición del 67 sobre el pase dirá que hay que considerar el algoritmo del Sujeto-supuesto-Saber como el equivalente de lo que llama el *agalma*. Sobre esta segunda dimensión, Lacan no nos ha proporcionado algo tan valioso y destacado como el Sujeto-supuesto-Saber, lo cual produce una cierta disimetría respecto de las dos dimensiones de la transferencia. En la Proposición del 67 dirá que la significación de saber que es el Sujeto-supuesto-Saber, se ubica en el lugar de la referencia aún latente. Pero Lacan ha conservado un cierto velo sobre este referente latente, es decir sobre la dimensión de la transferencia que se apoya en la operación de separación. Pienso que debemos volver sobre ello.

Vamos a escuchar ahora la presentación de Vicente Palomera. Nos hablará de la transferencia negativa más espléndida de la historia del Psicoanálisis, la de Jung hacia Freud. Creo que no se puede ir más allá en este asunto. Le doy la palabra.

EL GESTO DE KREUZLINGEN Y EL DRAMA DE LA TRANSFERENCIA NEGATIVA

Vicente Palomera: Sabemos que la distinción clásica entre transferencia positiva y transferencia negativa, que durante años sirvió para caracterizar las dos vertientes de amor y odio en la transferencia, no concierne tanto al objeto como al vínculo con el objeto, a la manera en que un sujeto se relaciona con su objeto.

Si en el plano de los fenómenos, la transferencia negativa puede traducirse en una relación de desconfianza vigilante respecto al analista, en el plano de la estructura —y, por tanto, en el plano del Sujeto supuesto Saber como resorte de la transferencia— la transferencia negativa supone un cierto eclipsamiento del "deseo de analizante", negativa del analizante a seguir interpelando el inconsciente como saber, negativa que se traduce en un rechazo de la regla analítica. En esta perspectiva, la transferencia negativa es sinónimo de cierre de la vertiente epistémica de la transferencia.

Esto es lo que verificamos en la *Correspondencia Freud-Jung*¹, especialmente al final de la misma. Entre otras cosas, es notable que sea precisamente en nombre de un ideal de autonomía y de libertad que la transferencia negativa se presente. Cautela máxima frente a la heteronomía del sujeto respecto al Otro. Jung lo dice con todas las letras. Es justamente después de que Freud le indique a Jung un lapsus, es decir, cuando otro orden de intencionalidad se abre camino en el discurso de Jung, mostrándole ese poco de libertad que habita el espacio inconsciente, cuando Jung apela a su libertad. ¿Rechazo del inconsciente?

Jung replicará a Freud denunciándolo en su lugar de semblante. Es como si le dijera: "Usted, querido profesor, ese lugar de semblante de analista, no lo ocupa". En este sentido, si la transferencia negativa interpela siempre a quien viene a alojarse en ese lugar de semblante, la réplica de Jung es paradigmática.

Situémonos ya en el contexto. Nos hallamos, justamente, en el momento en el que el drama transferencial de Jung con Freud entra en su desenlace final. Vemos que es también el momento en que Jung culpa a Freud de querer so-

¹ S. Freud - C. Jung, *Correspondencia*, Taurus, Madrid, 1970.

meter y endoctrinar el deseo de sus discípulos, momento que se cifra en el conocido “gesto de Kreuzlingen”.

Sabemos que Freud tardó seis meses en descifrar el sentido de la expresión “su gesto de Kreuzlingen” utilizada por primera vez por Jung en una carta a Freud el 18 de julio de 1912: “Entiendo el gesto de Kreuzlingen” (“*Ich verstehe die Geste von Kreuzlingen*”).

¿A que se refiere Jung con esta expresión? Freud había decidido visitar a Binswanger, convaleciente a causa de una grave enfermedad, en Kreuzlingen, cerca del lago Constanza². El jueves 23 de mayo, Freud escribe a Binswanger y a Jung haciéndoles saber que partiría al día siguiente. Como sólo disponía de cuarenta y ocho horas para esta visita, no tenía el propósito de proseguir el viaje hasta Zurich, pero supuso que Jung no dejaría de aprovechar la oportunidad de reunirse con ellos en Kreuzlingen. Permaneció aquí desde el mediodía del sábado hasta el mediodía del lunes. Para sorpresa y decepción de Freud, no hubo noticia alguna de Jung.

Al mes siguiente, Jung hará algunas observaciones sarcásticas, en su correspondencia con Freud, acerca de que “entendía su gesto de Kreuzlingen”, frase ésta que dejó absolutamente perplejo a Freud, quien no llegará a descifrar su significado sino seis meses más tarde, en el congreso de Munich.

Fue en Munich donde Jung manifestó que no había podido superar el resentimiento provocado por el hecho de que Freud le había notificado con dos días de retraso su visita a Kreuzlingen en mayo: había recibido las cartas el lunes, es decir, el mismo día en que Freud ya volvía a Viena. Sin embargo, Freud estaba seguro de haber despachado las dos

² Con respecto al “gesto de Kreuzlingen” véase: S. Freud-L. Binswanger, *Briefwechsel* (1908-1938), S. Fischer, Frankfurt, 1992, p. 99; también, S. Freud-K. Abraham, *Correspondencia*, Gedisa, Barcelona.

cartas, a Jung y a Binswanger, el mismo día, que era el jueves anterior. En eso, Jung recordó repentinamente que ese fin de semana había estado ausente de su casa por dos días. Freud le preguntó por qué no había mirado la fecha en el sobre antes de hacer tales reproches. El resentimiento debió tener evidentemente otra fuente. Jung recurrió, para justificarlo, a esta doble excusa.

Pero, más acá de la escena de celos montada por Jung, existían dos hechos que explicaban su reacción. La primera fue la serie de conferencias americanas impartidas por Jung poco tiempo atrás. De hecho, habían empezado a llegar informaciones de la actitud de abierta oposición de parte de Jung a las concepciones de Freud. Por otra parte, en el encuentro con Jung, en Munich, Freud criticará a los suizos por las recientes publicaciones en Zurich, en las que sus textos, e incluso su nombre, aparecían omitidos cuando no ignorados. El tema de la paternidad de las ideas tomó pues la forma del borramiento de la enunciación y no era cualquier cosa si consideramos que la relación de Freud con Jung se instauró como una filiación imaginaria.

Después del Congreso de Munich, el 16 de diciembre de 1912, Freud está ocupado con Rank y Ferenczi en los últimos detalles de la edición de la *Zeitschrift*, que llegaría a ser el órgano oficial de la Asociación Psicoanalítica Internacional. El 14 de diciembre de 1912, Jung en una carta a Freud comete un lapsus de escritura. Le dice a Freud “*Selbst Adlers Spiessgesellen wollen mich nicht als einen der Ihrigen erkennen*” (“Incluso los compinches de Adler no quieren contarme como uno de los suyos”) [*Ihrigen*: suyo (de Vd.), en lugar de *ihrigen*: suyos (de ellos)].

Freud le escribe en respuesta: “¿Será usted lo suficientemente “objetivo” como para tomar en consideración, sin enfadarse, el lapsus al escribir?”.

Entregado a la más pura de las comedias fálicas, lleno de

ira, Jung escribe:

“¿Me permite decirle unas palabras en serio? Reconozco mi inseguridad frente a usted, pero tengo la tendencia de considerar la situación de un modo honrado y absolutamente decente. Si duda usted de ello, es culpa suya.

Pero querría llamarle a usted la atención acerca de que su técnica de tratar a sus alumnos como a sus pacientes constituye una equivocación. Con ello crea usted hijos esclavizados o descarados granujas (Adler-Stekel y toda la desvergonzada banda que se extiende por Viena). Soy lo suficientemente objetivo como para advertir su truco. Hace usted constar en torno suyo todos los actos sintomáticos y así rebaja usted a cuantos le rodean al nivel del hijo y de la hija, que admiten ruborizados la existencia de tendencias erróneas. Mientras tanto permanece usted siempre allí, en lo alto, como padre. Debido a pura subordinación nadie alcanza a tirar al profeta de las barbas en informarse acerca de qué es lo que le dice usted a un paciente que tiene la tendencia a analizar al analista en lugar de a sí mismo (...).

Mire usted, mi querido señor profesor, mientras actúe usted de este modo me importan un bledo mis actos sintomáticos, pues no suponen nada junto a la considerable viga que tiene mi hermano Freud en el ojo. No soy en absoluto neurótico, gracias a Dios. Me he hecho analizar precisamente lege artis y tout humblement, lo cual me ha sentado muy bien.

Ya sabe usted hasta qué punto puede llegar un paciente con autoanálisis, es decir: no sale de su neurosis, como usted. Cuando usted mismo se haya liberado completamente de complejos y no juegue ya a hacer de padre con sus hijos, a cuyos puntos flacos apunta usted constantemente, y se preste usted alguna vez atención a sí mismo, entonces aceptaré extirpar mi pecaminosa falta de unidad conmigo mismo frente a usted de una vez para siempre. ¿Es que ama usted tanto a los neuróticos como para ser siempre uno consigo mismo? Quizá odia usted a los neuróticos (...) Adler y Stekel se han dado cuenta de su truco y se han tornado infantil-

mente desvergonzados. Yo me mantendré públicamente con usted, mas conservando mis opiniones, y comenzaré, privadamente, a decirle en mis cartas lo que realmente pienso sobre usted. Considero este camino como el más honrado.

Usted maldecirá de este extraño servicio que le presta un amigo, pero quizás le haga a usted bien.

Con mis mejores saludos, suyo

Jung”.

En esta respuesta encontramos lo que Serge Cottet aludía al definir la transferencia negativa como “la imputación que se hace al analista de querer corregir el deseo, de querer gobernarlo o someterlo”³. Esta imputación se realiza en nombre de un ideal de libertad. Es lo que clama Jung, como respuesta a la alienación sentida frente a su lapsus. Al mismo tiempo, observamos también que es justamente esa alienación la que “produce en la transferencia el efecto imaginario que le da al sujeto algo que reivindicar”⁴.

No menos imaginaria es la parada fálica de Jung al interpretar el papel del “al menos uno” que le va a parar los pies a Freud. Aquí advertimos los efectos de la política de Freud de formar una elite de analistas en la que Jung debía desempeñar no tanto el papel del hijo heredero como el de hacer de “hombre del porvenir”, en otras palabras: que fuera efectivamente presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional⁵. Error, sin duda, de Freud, ante el cual la salida airada de Jung no dejaba ya ningún margen de maniobra.

Esta es la razón por la cual la respuesta de Freud pone en escena al hombre de deseo que, más allá de interpelar la brutalidad de Jung, apunta al real en juego en el grupo

³ S. Cottet, “Sobre la reacción terapéutica negativa”, *Escansión-Ornicar?* 1, Buenos Aires, 1984, pp. 199-204.

⁴ S. Cottet, *ibidem*.

⁵ E. Laurent, “Siracusa, Worcester, y algún otro lugar”, *Ornicar?* 1, Petrel, Barcelona, 1981, pp. 75-81.

analítico, en la formación de los analistas y en la transmisión del psicoanálisis.

Escuchemos:

“Su opinión de que trato a mis discípulos como si fuesen pacientes es comprobadamente inexacta. En Viena me hacen el reproche contrario. Yo sería responsable de las fechorías de Stekel y Adler (...). Aquí ha establecido usted con tanta ligereza la base de su construcción con el famoso “gesto de Kreuzlingen”.

Por lo demás, su carta no es para ser contestada. Crea una situación que depararía ya dificultades en la comunicación verbal y que por vía epistolar es completamente insoluble. Nosotros, los psicoanalistas, estamos de acuerdo en que nadie debe avergonzarse de su porción de neurosis.

Mas aquél que grita incesantemente que es normal, mientras muestra un comportamiento anómalo, despierta la sospecha de que carece de conciencia de enfermedad. Le propongo, por tanto, cesar por completo nuestras relaciones privadas. Yo no pierdo nada con ello, puesto que desde el punto de vista afectivo hace tiempo que tan sólo estoy vinculado a usted por el fino hilo del continuado efecto de frustraciones anteriormente experimentadas, y usted sólo puede seguir ganando, ya que en último término no ha reconocido en Munich que una relación más íntima con un hombre actúa inhibitoriamente sobre su libertad científica. Quede usted por tanto en completa libertad y ahórreme los supuestos “servicios amistosos”. Estamos de acuerdo en que el hombre ha de subordinar sus sentimientos personales a los intereses generales, dentro de su ámbito.

Así, pues, usted no encontrará jamás motivo para quejarse a mi respecto de falta de corrección, cuando se trate de comunidad de trabajo y de la prosecución de metas científicas; puedo afirmar que tan poco motivo tendrá de ahora en adelante, como hasta ahora. Creo poder esperar, por otra parte, lo mismo de usted.

Le saluda, suyo afm.,

Freud”

Así sucedió en 1912.

Jacques-Alain Miller: Quizás Vicente mismo podría vincular su exposición a los temas que hemos discutido, o quizá prefiere dejarlo así.

Vicente Palomera: El problema no es solamente las cartas finales sino que toda la correspondencia está marcada desde el principio, está marcada por esta transferencia negativa que —yo diría siguiendo a Freud— es algo más del estilo paranoico que del estilo obsesivo. Enric Berenguer ha hecho un comentario muy importante de la relación de Freud con un discípulo como Ferenczi, porque Ferenczi le recuerda que no interpretó la transferencia negativa. Sabemos por la correspondencia de Freud, que éste estaba más ocupado en contarle a Ferenczi su historia con Fliess. En *Ornicar?* Se han publicado algunos textos de la relación de Freud con Jung, Abraham, Ferenczi etc., y también, en la época del pase, recuerdo que algunos artículos incidían sobre este hecho. Es decir, que Freud ejercía un lugar de jefe de fila, al mismo tiempo marcaba lo que eran las orientaciones teóricas, era un analista en el sentido de lo que era un analista en aquel tiempo. El análisis de Ferenczi con Freud no se puede considerar para nada en la misma dimensión que los análisis desarrollados después de la muerte de Freud con los posfreudianos, son análisis muy particulares, pero sí es verdad que aparece el tema de la transferencia negativa como reproche. Porque efectivamente Freud estaba más ocupado en hablarle a Ferenczi de su relación con Jung en Sicilia, y con Jung también ocurre algo similar. A Jung le hablaba de su relación con Fliess. Pero aquí se trata no solamente de la separación de Jung con respecto a Freud, sino también de Freud con respecto al origen mismo del inconsciente, que lo hizo con Fliess.

Para mí, estas cartas nos abren la puerta del Olimpo de los dioses, porque son personajes que casi tienen un estatuto

real, que presentan una verdadera hazaña, y nos permiten distanciarnos un poco de las rencillas actuales.

Jacques-Alain Miller: No sé exactamente a qué se refiere... Lo que señala Jung es un problema de inhibición que él padece en relación a un hombre más viejo, que se supone ser más sabio también. Freud expone en "Análisis terminable e interminable" que éste podría ser un obstáculo al final del análisis en el hombre, obstáculo que le parece insuperable en ese momento. Quizás ponía algo de sí mismo en esto. Puede ser que lo que estaba en juego fuera el fantasma, no de filiación, pero sí el de selección de los mejores, porque Freud tenía la idea de que se necesitaba una elite para conducir las cuestiones del psicoanálisis.

Vicente Palomera: Es un tema muy interesante, casi un broche histórico para una jornada muy importante sobre el tema. Hoy he podido percibir un estilo que me gusta, que es el estilo que deberíamos cultivar en la Escuela del Campo Freudiano de Barcelona, la invitación a la conversación.

Jacques-Alain Miller: Hay una lección que podemos extraer del episodio entre Freud y Jung respecto de la transferencia negativa: no seleccionar ninguna elite. Mañana nos reuniremos para continuar con el diseño de la Escuela del Campo Freudiano de Barcelona.

BIBLIOGRAFÍAS*

Andrés Borderías

Notas sobre la transferencia negativa en W. Reich

- A. Aflalo, "Une interrogation sur la jouissance", *Ornicar?* 35, París, 1985, pp. 139-144.
- S. Cottet, "Refolement versus repression", *Ornicar?* 35, París, 1985, pp. 133-138.
- H. Dahmer, *Reich ante Marx y Freud*, Akal Editor, Madrid, 1978.
- L. De Marchi, *Wilhelm Reich, biografía de una idea*, Península, Barcelona, 1974.
- R. Ekstein y otros, *Historia del Psicoanálisis* Vol. VI, Paidós, Buenos Aires, 1968.
- E. Jones, *Historia del Psicoanálisis*, Vol. IV, Paidós, Buenos Aires, 1968.
- J. Lacan, "Variantes de la cura-tipo", *Escritos I*, S. XXI editores, 14ª ed., Méjico, pp. 311-348.
- J. Lacan, "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", *ibídem*, pp. 227-310.
- D. Lagache, *La teoría de la transferencia*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975.
- E. Laurent, "Mission Sexpol", *Ornicar?* 35, París, 1985, pp. 125-132.
- E. Laurent, "Carácter-Ego-Sujeto", *El significante de la Transferencia*, Manantial, Buenos Aires, pp. 7-31.
- E. Laurent, "Monument d'amour", *L'Âne* 14, París, 1983, pp. 24-25.
- A. Quinet, "Le rejet d'un concept fondamental", *Ornicar?* 35, París, 1985, pp. 24-25.
- W. Reich, *Análisis del carácter*, Paidós, Buenos Aires, 3ª ed. 2ª reimpresión en España ampliada, 1980.
- W. Reich, *Reich habla de Freud*, Anagrama, Barcelona, 1970.
- M. Sharaf, *Fury on earth*, St. Martin Press, New York, 1983.
- VVAA, textos reunidos por la AMP, "Apelar a las resistencias para protegerse de lo real", *Los poderes de la Palabra*, Barcelona, Eolia, 1992, pp. 205-213.
- VVAA, textos reunidos por la AMP, "El carácter, una armadura que se ofende", *ibídem*, pp. 215-225.
- VVAA, textos reunidos por la AMP, "Los años veinte, nace una pregunta", *¿Cómo terminan los análisis?*, Barcelona, Eolia, 1994, pp. 15-48.
- C. Vereecken, "W. Reich: portrait du psychanalyste en paranoïaque", *Ornicar?* 28, París, 1984, pp. 145-149.
- C. Vereecken, "Quand un paranoïaque dirige la cure d'une schizophrène", *Quarto* 14, Bruselas, 1983, pp. 2-4.
- S. Zizek, "Les variantes du freudo-marxisme", *Ornicar?* 35, París, 1985, pp. 151-155.

Mercedes de Francisco
La agresividad en la experiencia analítica

- J. Alemán, "Observaciones sobre la Tesis III del Escrito 'La Agresividad en Psicoanálisis'", "Diccionario del Yo", *Acentos*, Eolia, Madrid, 1995, pp. 30-32.
- S. Freud, "La dinámica de la transferencia", *O. C.* Vol. II, pp. 1648-1653.
- S. Freud, "Una neurosis demoníaca en el S. XVII. El demonio como sustituto del padre", *ibídem*, pp. 2677-2696.
- S. Freud, "La Negación", *O. C.* Vol. III, pp. 2884-2886.
- J. Lacan, "Los Escritos técnicos de Freud", (Seminario I, 1953-1954, cap. IV y V), Paidós, Barcelona, 1981.
- J. Lacan, "La agresividad en Psicoanálisis", *Escritos I*, Siglo XXI, 14ª edición, Méjico.
- J. Lacan, "Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud", *ibídem*.
- J.-A. Miller, *Silet*, curso La orientación lacaniana de 1994-1995, inédito.
- J.-A. Miller, "La Imagen reina", *Elucidación de Lacan*, Paidós, Buenos Aires, 1998, pp. 577-602.

• • •

Vilma Cocoz
La transferencia negativa en relación al Saber Supuesto

- H. Bloom, *El canon occidental*, Anagrama, Barcelona.
- S. Freud, "La dinámica de la transferencia", *O. C.* Vol. II, pp. 1648-1653.
- S. Freud, "Observaciones sobre el amor de transferencia", *ibíd.*, pp. 1689-1696.
- S. Freud, "Lecciones de introducción al Psicoanálisis", Lección XXVII "La transferencia", *ibídem*, pp. 2391-2401.
- S. Freud, "Compendio de Psicoanálisis", *O. C.*, Vol. III, pp. 3379-3418.
- S. Freud, "Autobiografía", *ibídem*, pp. 2761-2800.
- S. Freud, "Lecciones de introducción al Psicoanálisis", Lección XXVIII "La terapia analítica", *O. C.*, Vol. II, pp. 2402-2412.
- S. Freud, "Análisis terminable e interminable", *O. C.*, Vol III, pp. 3339-3067.
- S. Freud, "Duelo y melancolía", *O. C.*, Vol. II, pp. 2091-2100.
- S. Freud, "Los instintos y sus destinos", *ibídem*, pp. 2039-2090.
- S. Freud, "El malestar en la cultura", *ibídem*, pp. 3017-3067.
- J. Lacan, "La dirección de la cura y los principios de su poder", *Escritos I*, Siglo XXI, 14ª ed., Méjico, pp. 565-626.

- J. Lacan, "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", *ibídem*, pp. 227-310.
- J. Lacan, "La agresividad en Psicoanálisis", *ibídem*, pp. 94-116.
- J. Lacan, *Elyo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, (Seminario II, 1954-1955, clase del 8-6-1955), Paidós, Barcelona, 1983.
- J. Lacan, *La Ética del psicoanálisis*, (Seminario VII, 1959-1960), Paidós, Buenos Aires, 1988.
- J. Lacan, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, (Seminario XI, 1964, clase del 5-4-1964), Paidós, Buenos Aires, 1987.
- J. Lacan, "L'insu que sait de l' une bévue s'aile à mourre", (Seminario XXIV, clase del 10-5-1977), *Ornicar?* 17/18, París.
- J. Lacan, "D'un discours qui ne serait pas du semblant", (Seminario XVIII, clase del 17-3-1971), inédito.
- J. Lacan, *Aún*, (Seminario XX, 1972-1973), Paidós, Barcelona, 1981.

* Los textos de Freud corresponden a la edición de las *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.

ÍNDICE

Sobre la Colección	6
Presentación	9
Punto de capitón	12
Curva de Gauss	13
Desvalorización	15
Sospecha	17
Palea	18
Tú no sabes	20
Disimetría	21
Clínica de la sospecha	22
Notas sobre la transferencia negativa en W. Reich	24
El postulado de Reich	29
Los años veinte	32
La posición del analista	34
Conversación	36
La agresividad en la experiencia analítica	44
Quid pro quo	47
Agresión y agresividad	48
Lo inaugural de la experiencia	50
La tesis a evaluar	52
La vedette y la ameba	54
Clínica de la paranoia	56
Interrupciones del análisis	57
La transferencia negativa en relación al Saber Supuesto	59
Odioamoramiento	64
Vigilancia	65
Desprecio	67
Sujeto-supuesto-Saber	69
Certeza	70
El referente latente	71
El gesto de Kreuzlingen y el drama de la transferencia negativa	72
Bibliografías	79